

EL HOMBRE QUE NACIÓ MAÑANA

JOHNNY GARLAND

No es agradable perderse la velada navideña por el simple capricho de los superiores, que le designan a uno para ocupar la vacante de otro, en la vigilancia callejera de un determinado sector de la populosa ciudad.

No es que Burke Adams, veterano de la Policía Metropolitana y buen cumplidor de los reglamentos bajo su uniforme azul impecable, que tanto realzaba su fornida figura, sintiera nada indisciplinario o rebelde dentro de sí. Pero aquélla era su noche libre. Eso, después de haber contribuido con su esfuerzo a apagar el incendio de los docks de East River y de haber sido uno de los que disparó contra «*Baby*» Wallace, aquel jovenzuelo acorralado y capturado en Harlem, después de haber matado a dos funcionarios del Banco Nacional y robado casi doscientos mil dólares. Eso merecía, al menos, una noche libre.



Johnny Garland

El hombre que nació mañana

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 97

ePub r1.0
LDS 26.09.18

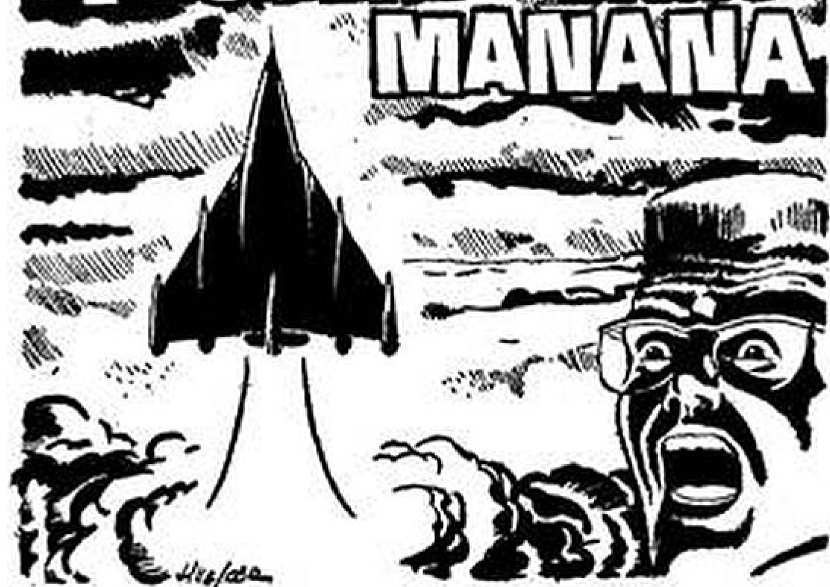
Título original: *El hombre que nació mañana*
Johnny Garland, 1958
Cubierta: Fersan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2



Si a la materia le fuese posible rebasar la velocidad de La luz, los conceptos de Espacio y Tiempo dejarían de significar algo para nosotros, los humanos, al sufrir la contracción sustentada por Einstein. Y entonces… ¿qué es lo que podría suceder?

Un alucinante cúmulo de teorías, en las que lo matemático y lo filosófico se aúnan, pueden basarse en el pensamiento einsteniano. Un pensamiento que ya antes aventuraron filósofos como Kant y Nietzsche, escritores como Henry James, Balnerston o Priestley, negando la concepción del Tiempo que posee el Hombre. Llegando, incluso, en el campo hipotético, a formular la posibilidad de que fuera factible viajar por él, «saltar» al pasado o al futuro…

Si realmente, el Espacio-Tiempo no fuera sino una cuarta dimensión en la cual el hombre pudiera moverse en una dirección u otra, por medios que la ciencia aún desconoce… entonces esta historia podría ser algo más que una fantasía de anticipación.


EL HOMBRE QUE NACIÓ
MANANA

PRIMERA PARTE

NUEVA YORK, 1957

Capítulo primero

EL PACIENTE DEL DOCTOR VAUGHAN


l agente Burke Adams estaba irritado.

No es agradable perderse la velada navideña por el simple capricho de los superiores, que le designan a uno para ocupar la vacante de otro, en la vigilancia callejera de un determinado sector de la populosa ciudad.

No es que Burke Adams, veterano de la Policía Metropolitana y buen cumplidor de los reglamentos bajo su uniforme azul impecable, que tanto realzaba su fornida figura, sintiera nada indisciplinario o rebelde dentro de sí. Pero aquélla era su noche libre. Eso, después de haber contribuido con su esfuerzo a apagar el incendio de los docks de East River y de haber sido uno de los que disparó contra «*Baby*» Wallace, aquel jovenzuelo acorralado y capturado en Harlem, después de haber matado a dos funcionarios

del Banco Nacional y robado casi doscientos mil dólares. Eso merecía, al menos, una noche libre.

Y allí estaba. Patrullando por un sector de la ciudad, solitario y ligeramente nevado, bajo un frío de todos los diablos. Había pasado la hora de los atascos de tráfico y del trajinar de las gentes cargadas de paquetes con un alegre y risueño «¡Felices Pascuas!», que se agriaría extraordinariamente en cuanto empezaran a pagar las facturas de la diversión navideña.

Burke Adams tenía razones para sentirse irritado. Pensaba en su pequeño Dave, en su esposa y en su hermana, tía Connie, que estarían aguardando en casa, dejando que el pavo y la salsa se enfriase, en espera de su regreso. Evocar el confortable y modesto pero pulcro hogar de la Calle Cincuenta y Seis donde vivía, le produjo un estremecimiento de placer. Después de todo, apenas si le quedaba una hora de patrulla. Una hora, apenas es nada cuando se llevan ya cinco sin interrupción. Entonces, Howard iría a relevarlo, y todo habría terminado, pudiendo celebrar su noche de Navidad con unas horas de retraso respecto a la mayoría de los neoyorquinos. Pero eso sería todo.

Aunque comprobó la hora en la empañada esfera de su reloj. Eran las doce y media. A la una y media concluiría. Y a las dos, lo más tardar, descorcharía la primera botella de champaña, la que le regalara el superintendente Morrow aquella noche.

Después de todo, casi podía sentirse de nuevo feliz. Lo malo, como lo bueno de este mundo, tiene también su final. O, al menos, eso es lo que él pensaba…

Porque todavía no era la una de la madrugada del 24 al 25 de diciembre, cuando ocurrió el accidente. Y después del mismo, el desdichado Burke Adams no iba a poder llegar a su casa sino mucho después de lo previsto con buena lógica.

Los conductores de automóviles acostumbran estar bastante locos en las fechas navideñas, de principio de año o en la fiesta del 4 de julio. Por eso Burke tenía con ellos cierta condescendencia, no exenta de la natural dureza que, como agente del orden público, le correspondía.

Pero aquel endiablado automovilista que enfiló de repente la Avenida de las Américas sin hacer sonar claxon alguno, con un patinazo diabólico de sus neumáticos sobre el asfalto helado,

superaba todos los cálculos más condescendientes. El vehículo que manejaba, un soberbio Cadillac color grana y blanco, tenía los faros encendidos, como ojos abiertos a la noche, y devoraba las millas urbanas con el mismo despreció con que lo haría en la autopista de Indianápolis un bólido de carreras en plena, competición.

Burke Adams, al verlo, llevóse rápidamente un silbato a los labios y lo hizo sonar estridentemente. El rugido del motor se acercó a él con una velocidad fulgurante y, por un momento, el coche pareció a punto de subirse a la acera y embestirlo, mientras detrás, muy lejos, aullaban furiosamente las sirenas de los motoristas del tráfico, en inútil cacería de aquel centelleante bólido rojo, manejado por un demente o un borracho.

Burke saltó de costado, a pesar de su lastrada humanidad, y se quedó mirando con ojos muy abiertos por el asombro y el temor aquella masa de bruñido metal grana que hacía silbar las llantas al herir el bordillo de la acera, con un brusco viraje que evitó su subida fulminante en la misma, pero que le lanzó en derechura contra la acera opuesta, cuyos brillantes escaparates, repletos de tocadiscos, sugestivas fundas de grabaciones modernas y lavadoras eléctricas, aparecían orlados alegremente de muérdago, campanillas y sonrientes efigies de Papá Noel, invitando a los viandantes a entrar y adquirir los productos electrodomésticos que se exhibían bajo raudales de luz fluorescente.

Burke no pudo menos que cerrar los ojos con un gesto de horror. Porque el que llevaba el volante, y cuyo rostro, blanco y rígido como el de una máscara, había podido apenas entrever tras la rueda de conducción, que aferraba con manos tensas, desesperadas, pareció aceptar la optimista invitación del barbudo Santa Claus y se incrustó materialmente en el gran escaparate, en medio de un espantoso ruido de cristales, aparatos destrozados y fragor de hierros retorcidos por el impacto.

Después, su frío dominio de las emociones empujó al pundonoroso hombre de azul a correr hacia el establecimiento y coche siniestrados, mientras hacía sonar repetida y estridentemente el silbato, en demanda de auxilio.

Por el fondo de la amplia avenida se presentaron los focos deslumbradores de las motos policiales de tráfico, afluyendo en grupo al lugar del desastre.

Cuando los motoristas de la policía de carreteras llegaron junto al Cadillac rojo, ya estaba junto a éste la sólida figura de Burke Adams, esforzándose en abrir la abollada y hundida portezuela, en busca del único ocupante del coche, caído e inmóvil sobre el volante.

—¿Qué ha ocurrido, Burke? —preguntó uno de los motoristas, subiéndose las gafas para atender también a la extracción del insensato conductor.

—Eso quisiera yo saber —gruñó Burke—. Ese coche apareció como una centella, estuvo a punto de convertirme a mí en una oblea contra la pared, y luego pude ver cómo su conductor hacía girar desesperado el volante, de un modo que producía la impresión de que no tuviera la menor idea de cómo se hace. Pero la fortuna le ayudó a él y a mí, y dobló en redondo, lanzándose contra la tienda. Aún no me explico cómo estoy vivo…

Habían logrado, tras muchos esfuerzos, arrancar el pestillo de la portezuela del lugar donde estaba metido, y una vez abierto el coche, extrajeron al inerte hombre. Un hilillo de sangre partía de su sien. Estaba blanco, inmóvil, y no respiraba, al parecer.

—Creo que no se puede hacer nada, Burke. Vamos a llamar a las ambulancias, pero creo que será inútil. Se ha metido la rueda del volante en la cabeza, ha sufrido un golpe terrible en la sien, y, además, todo su cuerpo está lleno de golpes. Ni un milagro lo salvaría. De todos modos…

Burke asintió. Así ocurría siempre. Pero había que probar fortuna. Acaso la ciencia pudiera obrar ese milagro. Rápidamente, dirigióse al teléfono de su Precinto, y llamó a las ambulancias. Después, se reunió con el motorista, que meneó la cabeza negativamente, mirando el cuerpo tendido sobre la acera, que ya algunos curiosos transeúntes rodeaban, contenidos por los policías.

* * *

Burke presentó su informe en el Precinto del Distrito, una vez concluida la guardia. Howard, su relevo, había llegado puntual, y ahora ocupaba su sitio, ante el destrozado escaparate de la tienda de artículos electrodomésticos.

Para Burke, lógicamente, el asunto tendría que terminar ahí. Él

lo que deseaba era reunirse con su familia y saborear el recalentado pavo, la tarta cansada de esperar y el calorcillo de su hogar.

Sin embargo, todavía iba a tener que aguardar bastante. Había esperado junto al hombre accidentado la llegada de la ambulancia que le trasladó al hospital, en estado agónico o, tal vez, según dictamen de los enfermeros que primeramente le vieron, ya cadáver materialmente. Después, Burke tomó nota de la matrícula del coche, expedida en el Empire State, y ahora, los funcionarios policiales estaban tratando de localizar al dueño del coche, porque sobre el conductor no se había hallado documento alguno que confirmase su identidad. Llevaba ropas bastante ajadas para lo que podía esperarse del conductor de un Cadillac como aquél, y esto, unido a la escasa pericia demostrada en el manejo del dócil mecanismo automovilístico, que no justificaba, en modo alguno un supuesto estado alcohólico, dada la falta de olor de su aliento, hizo sospechar a la policía que sería un coche robado.

En el momento mismo en que Burke iba a marcharse, coincidieron dos llamadas telefónicas. Cada una se recibió en una mesa distinta del Precinto por sendos agentes, pero ambos especificaron la misma intención al erguir la cabeza y gritar, casi a dúo, al infeliz agente uniformado:

—¡No se vaya, Adams!

Burke suspiró, encogiéndose dócilmente de hombros. Podía hacer muchas cosas. Podía enfurecerse y mandarlos a todos al diablo. Pero sus compañeros eran tan humanos como él y deseaban con la misma fuerza que él podía hacerlo ahora, encontrarse en casa. Uno de ellos, Ashley, de cara caballuna y corazón de perro leal, le sonrió tristemente cuando colgó el auricular.

—Lo siento de veras, amigo Burke. La verdad es que esto puede llevarnos algún tiempo. Y estoy sin cenar yo también. Katty estará esperándome. Puede que necesite esperar un par de horas más. Avisa a casa, si quieres, desde aquí.

¡Un par de horas! Al diablo su Nochebuena, pensó Burke, resignado. Telefoneó. Su mujer puso el grito en el cielo. Pero como siempre hacía, cedió resignada al fin, y dijo que le dejaría en el horno su parte. Acaso el año próximo tuviera más suerte.

—Bueno, hecho —manifestó belicosamente el agente, mirando a sus compañeros con los brazos en jarras—. Y ahora, ¿qué? ¿Venía el

tipo del Cadillac de asesinar a alguien?

—No lo sabemos aún —sonrió Ashley—. Pero es evidente que robó el coche. Las señas y matrícula del mismo coinciden con las dadas antes de medianoche por Harrington C. Walkers, de la firma «Walkers & Walkers».
Le fue sustraído delante del Radio City Hall, a las once u once y media…

—Pues yo tengo también noticias del conductor de ese coche —añadió el sargento Hobbs, devolviendo el receptor telefónico a su correspondiente horquilla—. En el bolsillo interior de su chaqueta han encontrado su nombre en el hospital: se llama Robert Miller. Y otra cosa; no ha muerto. El doctor Vaughan cree que vivirá.

—¿Que vivirá? —Adams frunció sus espesas cejas con estupor—. ¡Imposible!

—Imposible. —Hobbs miró a Burke con curiosidad—. Ésa es la misma palabra utilizada por el doctor Vaughan. Pero, a pesar de todos los imposibles… «Vivirá».

—¡Si tenía un golpe mortal en la sien, y una conmoción cerebral terrible! —argumentó el policía, estupefacto—. He visto tipos con la mitad que ése, no respirar ya jamás…

—Pues éste respira. Y lo más notable es lo que ha dicho el doctor Vaughan: seguirá respirando, si él no se ha vuelto loco de repente, o el tal Miller es un superhombre…

—Bueno, cada día se ve algo nuevo. —Burke se rascó la cabeza—. ¿Y qué hago yo ahora?

—Irá al hospital del doctor Vaughan, Burke, y procurará averiguar quién es en realidad ese hombre, de dónde venía y lo que le impulsó a robar el coche. Nosotros estaremos en contacto con usted si surge algo nuevo. Siento tener que utilizarle a usted, pero no hay nadie más por aquí esta noche. Perdóneme… y procure terminar pronto. Felices Pascuas, amigo.

—¿Lo dice de veras, sargento? —masculló Adams, mirándole con irritación.

—¡Un momento, Burke!

Escuchó, perplejo, asintió dos o tres veces, colgó luego y su mirada de estupor se encaminó de Hobbs a Burke y viceversa. Agregó, con voz tensa.

—Que me ahorquen si lo entiendo…

—¿Qué mil demonios pasa ahora? —Gruñó Adams, que veía aquello cada vez más turbio.

—Un pobre diablo tan vestido como iba Adán cuando caminaba por el Paraíso, se ha presentado en el Precinto de Riverside Drive. Ha denunciado que le atacaron por la espalda, cerca del Parque, derribándole sin sentido, y le despojaron de todas sus ropas.

—¿Y qué pinta eso ahora? —bramó Hobbs—. Ya tengo bastantes problemas para…

—Es que ese hombre se llama Robert Miller —dijo Ashley, divertido—. Y la descripción de sus ropas coincide con las del hombre internado en el hospital del doctor Vaughan…

El agente le interrumpió.

Burke graznó algo entre dientes y salió como alma que lleva el diablo, camino del centro clínico del doctor Anthony Vaughan, eminente cirujano y especialista de enfermedades mentales y toda clase de tratamientos del cerebro.

* * *

No fue el pobre Burke Adams el único en ser afectado por el accidente automovilístico de aquella noche. En realidad, parecía como si unos hilos sutiles e invisibles fueran entretejiéndose, mezclando a diversas personas en una misma peripecia, aparentemente intrascendente.

Alan Fisher, redactor de noticias y sucesos del «Morning News», tuvo que dejar de bailar con Jill Nelson, precisamente cuando la orquestina del «Samba» interpretaba su número favorito.

Jill manifestó su desagrado cuando el camarero avisó a Alan de que le llamaban al teléfono de parte del caballero a quien estaban esperando. Pero en realidad, Alan tenía más motivos que ella para lamentarse de la interrupción. Porque Jill era una criatura deliciosa, con quien las horas transcurrían como agua entre los dedos. Su figura sinuosa y juvenil, que ella realzaba siempre con todo aquello que era capaz de realzarla sin que resultara procaz, su rubia cabecita, su rostro oval, rosado y delicado, con grandes ojos verde-parduscos, la naricilla breve y respingona y la roja boca carnosa, constituían un conjunto capaz de hacer perder la cabeza incluso a aquel guapo mocetón de rubio cabello rebelde, ojos azules y

penetrantes y atlética figura, que escribía noticias truculentas para el diario matinal.

—Perdona, cariño —dijo Alan, antes de alejarse por entre las parejas de la pista, mientras tarareaba «Harlem Nocturno», siguiendo a la orquestina con regular oído.

Jill regresó, mohína, a su mesa del borde de la pista circular, barrida por los reflejos multicolores de las luces giratorias del techo y las rotatorias bolas poliédricas de espejos. Alan tardó exactamente cinco minutos en volver. Y cuando lo hizo, su gesto de preocupación eminentemente profesional, alejó del ánimo abatido de Jill Nelson toda esperanza de seguir el baile.

—Vas a tenerme que perdonar, Jill —dijo Alan, contrariado—, pero Anthony no puede venir, tal como había esperado. Ha recibido en casa un aviso de su hospital y ha tenido que personarse urgentemente allí.

—¿Y eso en qué puede afectarte a ti, Alan? —se interesó Jill.

—Verás: parece ser que hay un montón de cosas raras en relación con ese caso. El accidente automovilístico sufrido por un hombre que conducía un Cadillac rojo, en la Avenida de las Américas, sería uno más sin importancia en noches así, pero resulta que el coche es robado, y las ropas que el hombre herido lleva, también. Y, además, ese paciente tan curioso, resulta un caso notable, porque aparte de robar la ropa a un vagabundo y el coche a un magnate, resulta que tenía que haber muerto en buena lógica. Por el contrario, vive y parece fuera de todo peligro, aunque ni Vaughan ni ningún otro médico se explican todavía tal prodigio, ajeno por completo a su saber…

—Suena a fantasía —argumentó Jill, frunciendo deliciosamente el ceño, nada convencida de lo que acababa de oír.

—Pues Vaughan parecía hablar muy en serio, y tenía un acento preocupado. Tengo que ver todo eso por mí mismo antes de dar la noticia al periódico, si interesa tanto como parece. ¿Quieres acompañarme, Jill, o prefieres que te lleve a casa?

—¿No resultaría una intrusa en tus ocupaciones profesionales?

—Jamás puedes ser una intrusa en nada, querida, Además… recuerda que bien pronto lo serás definitivamente en mi vida… si te decides aceptarme.

—No aproveches la coyuntura para declararte otra vez —rió Jill

—. Es la vigesimotercera vez que lo haces en el transcurso de la noche. Pero yo sí aprovecho el momento para aceptar tu invitación. Prefiero ver cómo actúas pluma en ristre, a retirarme tan pronto a dormir, en una fecha así. ¡Andando, caballero de la Prensa!

Se puso en pie, aferrándose al brazo del joven Fisher, que rió alegremente, y juntos cruzaron por entre las parejas, camino de la salida del «*night-club*».

CAPÍTULO II

MISTERIO VIVIENTE

nthony Vaughan era todavía joven, aunque no tanto como Alan Fisher, su buen amigo. Acaso hubiera cumplido recientemente los cuarenta años, era alto y algo más enjuto que Alan; su negro cabello liso se agrisaba ya en las sienes, patillas, y los ojos astutos e inteligentes miraban con limpieza tras los cristales de sus gafas montadas al aire.

Recibió a Fisher y a Jill en la estancia amplia, confortable y de colores claros que era su despacho en el hospital clínico-quirúrgico que poseía en la Sexta Avenida. Su habitual expresión cordial y segura aparecía ligeramente nublada por sombras de honda preocupación. Vestía la blanca bata de su profesión, algo que resultaba fuera de lo usual a Jill.

—Celebro que hayas venido, Alan —dijo, estrechándole la mano con fuerza, después de saludar gratamente impresionado a la

muchacha—. Pero acaso hubiera sido mejor que lo hicieras tú solo.

—¡Ya salió! —suspiró la joven, bajando los ojos—. Debí suponerlo. Las mujeres no tienen cabida entre los hombres como vosotros…

—No es eso, Jill, bien lo sabe Dios —se apresuró a denegar Vaughan—, pero este caso me preocupa mucho. Mi paciente ha sido interrogado por la policía hace apenas diez minutos. Y no han sacado nada de él. Nada en absoluto. No ha respondido ni negativa ni afirmativamente a nada. Se ha limitado a mirar con aire abstraído o estúpido, que todo pudiera ser, al agente Adams, que le interrogó. Al final, el pobre hombre se ha ido, desesperado, y es de suponer que dentro de poco aparezca aquí algún agente especial o detective, para ahondar más en la cuestión.

—¿Puede ser algún delincuente, o supones que hay algo como locura, obsesión… o amnesia?

—Yo me inclinaría por la amnesia… si no hubiera otros factores que me desconciertan; por ejemplo, sus heridas, el *shock* sufrido, la conmoción cerebral, todo en fin; En buena ley, ese hombre tenía que ser cadáver al ingresar aquí. Según los enfermeros que lo trajeron y según la policía, hubieran apostado ciento contra uno a que el infeliz estaba muerto.

—Y, según tú, no sólo vive… sino que ha vuelto en sí —observó, extrañado, Fisher.

—Eso es. Es un caso de vitalidad humana increíble. No sólo se salva, sino que abre los ojos y mira como si se diera cuenta de todo. Pero obra, en cierto modo, como hipnotizado. «Ve» todo… ¿pero «comprende», «recuerda» o «conoce» algo? Ésa es mi duda. Conducía un automóvil robado, que guiaba a velocidades de vértigo, sin tener idea de su manejo, Antes de robar ese coche y hacerlo papilla en un escaparate, robó las ropas a un pobre diablo, un vagabundo en Riverside Drive, llamado Robert Miller. Él no responde cuando se le pide su nombre, origen o condición. No responde a nada de nada, y si toleré el interrogatorio fue porque a mí mismo me intrigaba su personalidad y pensé que acaso la presencia del policía le despertase los sentidos. Pero no ocurrió nada de eso.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Alan, lleno de curiosidad.

—En el gabinete destinado a él, bajo la vigilancia del enfermero

Duncan. Quiero que lo veas y saques tu propio juicio. Confío en tu habilidad e inteligencia, Alan.

—No confíes. De la piedra que un policía no exprime algo, difícilmente puedo hacerlo yo —sonrió el joven periodista—. Pero lo veré encantado. Esto parece noticia, sea lo que sea. ¿No temes venir conmigo a ver a esa especie de superhombre, Jill?

—Por nada del mundo me lo perdería… si el doctor Vaughan no se niega —dijo con ironía la muchacha, ganándose una mirada indignada del médico.

Subieron al piso segundo en el ascensor de la clínica, blanco y cromado como todo lo que era visible por doquier en aquel modernísimo y costoso establecimiento de Vaughan, uno de cuyos pabellones estaba destinado, en generoso detalle del joven cirujano, a los heridos o accidentados que precisaran una cura urgente y no contaran con clínica adonde ser conducidos, salvo la municipal. En aquel pabellón estaba el desconocido.

Antes de atravesar una puerta, la rotulada con el número 258, en cifras doradas, el doctor se detuvo un momento y les hizo notar con tono grave:

—Procurad no hacer en su presencia comentarios que puedan afectarle demasiado. No sabemos, en realidad, lo que puede esperarse de él… Vamos.

Abrió y entraron. Cruzaron una antesala o gabinete, que comunicaba con el dormitorio, por una puerta sin postigos, a cuyos lados colgaban alegres cretonas amarillas. Un hombre yacía en un lecho cromado, tendido boca arriba, con la cabeza vendada aparatosamente, dejándole únicamente al descubierto una porción de su lívido rostro, en el que dos ojos brillantes y estrechos se fijaban obstinadamente en el blanco techo de la estancia, sin mover las pupilas en absoluto.

Alan Fisher y Jill Nelson se movieron hacia la cama, mirando con curiosidad al paciente. Vaughan quedó un poco atrás, con sonrisa comprensiva, viéndoles observar al enfermo.

Alan Fisher estudió aquel rostro postrado con el mismo súbito interés que su visión despertó en Jill. No es que las facciones tuvieran nada de notables, puesto que eran correctas, hermosas acaso, pero era notable la ausencia de expresión. Sin embargo, sus ojos…

Los ojos eran del color del ámbar claro, y si parecían estrechos por hallarse entornados, el hombre dio muestras de una curiosa reacción al acercarse ambos a su lecho. Súbitamente, abrió las pupilas, hasta agrandarlas, fijas en algo que, de pronto, había atraído su interés. La luz intensa y extraña brilló en el fondo de los singulares ojos. Pareció mucho más hermoso y personal que antes.

Alan, de pronto, se dio cuenta de cuál era el objeto de su mudo e inesperado interés: ¡Jill! Era ella quien atraía su mirada, era a la muchacha a quien miraba, largamente y sin un leve parpadeo siquiera. También Vaughan había advertido esa reacción y avanzaba, comentando a flor de labio:

—Es su primera muestra de comprensión sobre algo. ¡Qué extraño!

El enfermero que cuidaba del desconocido se acercó desde el rincón opuesto, donde aparecía sentado con aire de aburrimiento. El hombre de la cama fue centro de todas las miradas.

Y entonces… ocurrió lo que ya Vaughan había dejado de esperar. El paciente habló.

—Mujer… Mujer…

—¡Ha hablado! —exclamó, el médico, apartando vivamente a Alan, para inclinarse sobre su paciente—. ¡Ha hablado!

—Sí. —Jill volvió los ojos, con dificultad, del herido a Fisher—. Y qué voz más extraña…

—¿También tú lo has notado? —observó Alan, mirándola con igual atención—. Me ha parecido notar que su inglés suena a musical, extraño a nuestro país…

—Posiblemente sea extranjero —hizo notar el enfermero—. Eso lo explicaría todo.

—¿Todo? —Vaughan le miró—. Oh, no, Duncan. Puede ser extranjero, pero no lo explicaría «todo»… Veamos, ¿es usted americano?

Se estaba dirigiendo al enfermo. Pero éste volvía a mirarle con igual expresión vaga y carente de vida que antes. De pronto, Alan habló con viveza:

—Tengo una idea. Jill, acércate tú a él. Háblale tú, ¿quieres?

La muchacha pareció sorprendida en principio. Pero luego asintió, entendiendo, y se inclinó sobre el paciente, mientras el médico se apartaba, interesado en el experimento. Jill, dulce y

persuasivamente, expuso su primera pregunta:

—¿Es usted norteamericano?

El herido volvía a expresar vida en su mirada de ámbar. Asintió, sin lugar a dudas. Pero no estuvo de acuerdo su gesto con lo que dijo después, en un inglés suave, fluido y musical hasta sonar a extraño en los oídos de todos:

—Soy… un ciudadano del Gran Estado, sí…

—¿El Gran Estado? —Jill miró a sus amigos, buscando orientación. Fue Alan quien habló.

—Pregúntale su nombre y lo que significa eso del Gran Estado… si significa algo.

—A lo mejor es un espía comunista —sugirió alegremente el enfermero Duncan.

Pero nadie le hizo caso.

—¿Qué es el Gran Estado? ¿Cómo se llama usted? —preguntó Jill dulcemente.

El paciente la miraba como fascinado, hasta el punto de que Alan Fisher no sabía si empezar a sentirse celoso del éxito de su novia con aquel curioso enfermo. Pero siguió el experimento en silencio, tan interesado como el propio Vaughan.

—Esto es el Gran Estado… supongo. No puedo haber… viajado.

Era curioso el tono que dio a la palabra «viajado», y Alan no dejó de notarlo. Jill continuaba la charla por su propia cuenta:

—Esto es Nueva York. Si viajó fue para estrellarse en una tienda, amigo mío.

—¿Nueva York? Oh, sí, sí… es aquí mismo. Parece todo… tan increíble…

—¿Increíble? Dígame a lo que se refiere. Pero, primero, ¿cómo se llama usted?

—Draco —fue la respuesta—. Draco Hyzus…

—¡Draco Hyzus! —repitió asombrado Alan, cambiando una mirada con Vaughan—. ¿Oíste alguna vez algo así, Anthony?

—Claro. En una película histórica sobre la Roma Imperial, o algo así —gruñó Vaughan.

—Draco Hyzus —repitió a su vez Jill; enarcando las cejas—. ¿Seguro?

—Sí —el herido sonrió. Era una sonrisa luminosa, que mostró sus blancos dientes. Pero a la vez, sin saber por qué, resultaba triste

—. Es muy seguro. Soy el mismo hombre de siempre. Y esto es Nueva York… Lo he conseguido… Me di cuenta de ello antes… cuando sentí frío y tuve que tomar ropas…

Todo aquello era tan incomprensible como una charada sin resolver y todos se miraron profundamente consternados. Vaughan expresó su opinión rotundamente:

—Creo que el golpe le ha afectado mucho el cerebro. Y es natural. Otro hombre cualquiera hubiese muerto sin lugar a dudas. Voy a avisar a la policía, y lo dispondré todo para un examen más a fondo. Tú, Alan, puedes tomar nota de todo esto para tu diario.

—Seguro —asintió Alan—. Es un caso desconcertante, sea lo que sea. Y este hombre… a veces me produce una sensación tan rara… No sé, no sé…

El médico y el enfermero salieron rápidamente de la estancia. Se quedaron solos con el paciente los dos jóvenes. Ahora, el hombre tendido en el lecho, giró lentamente la cabeza sobre la almohada, hasta mirar a Alan. Luego, su mirada de ámbar brilló, interesada.

—¿Ha dicho «diario»? ¿Eso significa un periódico, una publicación de noticias…? —preguntó de repente, levantando algo el tono, con lo que la voz perdía en musicalidad pero ganaba en intensidad vibratoria, en poderosa autoridad y dominio.

Alan, asombrado, miró al hombre que había robado, en la misma noche de Navidad, a un vagabundo y a un millonario, en el intervalo de una hora.

—Sí, claro. Si usted no es extranjero como dice, ¿por qué lo pregunta?

—Por favor, no haga eso —pidió, casi como una orden, el herido.

—Que no haga ¿el qué?

—Publicar esto, decir que me ha visto, que he hablado, que estoy aquí… ¡No debe hacerlo, nadie debe saber…!

—Pero… ¿qué diablos dice? Tengo el deber de informar a mis lectores…

—¡No de esto! ¡Sería un desastre, señor! ¡No lo haga! ¡En cuanto sepan que estoy aquí, vendrán a por mí!

—¿Quiénes vendrán a por usted? —interrogó rápidamente Alan, cambiando una mirada fugaz con Jill—. Eso carece de sentido.

—«Ellos»… «Ellos» vendrán… —Volvió a mirar al techo, como

desesperado—. No lo haga…

—¿Ellos? ¿Qué ellos? Vamos, dígame lo que sea. No tenga temor de hablar.

Pero no respondió. Alan insistió dos veces. El extraño herido había vuelto a su postración y silencio hostil de antes. Así seguía cuando llegó de nuevo Vaughan con dos enfermeros y una joven doctora uniformada. Parecía dispuesto a conducir al enfermo al quirófano o a otra sala, para examinarlo. Mientras le trasladaban de la cama a una camilla rodante, el herido nada dijo ni expresó. Volvía a ser como un trozo de hielo sin vida ni emociones dentro de su cuerpo. Vaughan, interesado, miró a sus jóvenes amigos.

—¿Ha dicho algo más?

Jill iba a hablar cuando se le adelantó inesperadamente Alan, dejando sorprendida a la joven con sus palabras:

—Casi nada, salvo añadir que no era ése su nombre, sino el primero que se le ocurrió. Dice que no recuerda nada de nada, que le duele la cabeza y no sé qué cosas… Acaso mañana podamos sacar más de él. Está muy alterado. Anthony…

—Sí, ya lo dije —respondió el médico, sin sospechar nada—. Veremos qué se puede hacer con él. Ven mañana, si quieres, y comprobarás su estado…

—No faltaré —aseguró rápidamente Alan, mirando de soslayo a Jill, como pidiéndole disculpas por su asombrosa mentira.

Y entonces advirtió que el interés de Jill estaba centrado en el paciente… quien a su vez, al oír hablar a Alan, había hecho algo muy curioso. Había movido de nuevo la cabeza y miraba con fijeza al joven periodista, Fisher estudió esa mirada, que no se apartó de él hasta que la camilla salió rodando silenciosamente al pasillo, y creyó advertir en ella una gratitud inmensa, sin límites. Como si el herido supiera que tenía un nuevo amigo…

Ni Jill ni Alan hablaron hasta encontrarse en el confortable calorcillo del compartimento delantero del coche del periodista, rodando sobre el asfalto helado de Manhattan, lejos de la clínica de Vaughan. Fue Jill quien primero habló:

—¿Por qué has mentido a Anthony, Alan?

—Ni siquiera yo mismo lo sé todavía. Acaso porque esto sea una noticia mayor de la que todos creen y quiera reservármela para mí solo…

—No, parece que no es eso, Alan.

—¿Qué te parece a ti, entonces? —sonrió Fisher, volviéndose para mirarla.

—Tampoco lo sé a ciencia cierta. Me parece como si hubieras resuelto ayudar a ese hombre en sus raras peticiones. Como si esos «ellos» que ha nombrado existieran, y quisieras tú evitar que dieran con él, tal como teme. ¿Has oído hablar de manía persecutoria?

—Sí. Puede ser ése el caso del Draco Hyzus o cómo diablos se llame. Pero no sé…

—No sabemos nada de nada. Y tú ocultas eso que sabes a la ciencia, a la policía, en lo que yo te ayudo, sirviéndote de encubridora. ¿Es justo esto, Alan?

—Quiero decirte yo también algo, Jill. Cuando ese hombre pidió silencio, mirándonos de aquel modo, no pensé ni por un momento en desequilibrio, manías o cosas así. No me preguntes una razón, porque es posible que no la haya. Sin embargo, en su mirada leí algo… «algo» singular, sincero, definido y sensato. No hablaba como un loco. Hablaba como un hombre realmente asustado. Pero asustado por un peligro terrible, no vulgar. Y yo me pregunto: si en realidad se llama Draco Hyzus, y es americano… ¿por qué robó a dos personas, cosas tan antagónicas como un viejo traje y un coche espléndido, por qué habla de ese modo el inglés, y porqué sus ojos tienen esa terrible sinceridad cuando miran a alguien? No es, desde luego, la mirada de un loco.

—Te falta añadir algo, Alan —sonrió Jill—. ¿Por qué «vive todavía»?

Enmudecieron ambos. La pregunta de Jill provocó un mutuo escalofrío a los dos, y se mantuvieron en silencio un largo rato, mientras dejaban atrás calles y calles, en busca de la vivienda de Jill.

La muchacha abrió la radio para animar un poco el interior del coche con algo de música bailable. La madrugada de la Navidad estaba muy avanzada y de algunos locales nocturnos salían grupos alegres y ruidosos, poniendo la única nota de animación en las calles neoyorquinas.

Estaban ya muy cerca de la casa de Jill cuando se interrumpieron las notas musicales y una voz comunicó el boletín de noticias. Jill, aburrida, iba a cambiarlo, cuando Alan exclamó,

deteniéndola bruscamente:

—¡Espera!

El locutor en la radio, estaba refiriendo el accidente sufrido por un coche en la Avenida de las Américas, cuyo conductor había ingresado en gravísimo estado en una famosa clínica de la ciudad.

Luego agregó rápidamente, como colofón a la noticia que acababa de dar:

—Es notable siempre el incremento de accidentes así por estas fechas. Nos comunican del Precinto policial situado en el mismo Distrito de la ciudad, que otros dos coches, robados igualmente, y conducidos por personas cuya identidad se ignora, chocaron aparatosamente, al doblar una curva a velocidad vertiginosa, cuando un camión venía en dirección opuesta. El conductor de este último vehículo ha resultado muerto. Pero los ocupantes de los dos coches robados, han desaparecido misteriosamente, sin dejar otro rastro que unas manchas de sangre sobre el asiento del primero de los coches siniestrados. Nos informan al mismo tiempo de Nueva Jersey, que un borracho se precipito bajo las ruedas de una «moto» cuando se….

Alan cortó ahora en seco la radio, frenó ante la casa de Jill y apoyó un brazo en el volante, mirando con una mezcla de preocupación y temor a la muchacha.

—¿Has oído eso, Jill? —murmuró roncamente.

—Si… —La joven clavó su mirada aturdida en la reflexiva y preocupada de él—. ¿Qué ves de raro en ello?

—Quisiera saberlo. Ocurren muchos accidentes en noches así, tiene razón ese locutor. Pero ¿por qué ocurrir en el mismo distrito un choque que, en lógica natural, había de producir víctimas, «sin que ninguna de las que robaron los coches aparezcan»? Hay un par de puntos de contacto notables con el accidente de ese hombre…

Ella se interrumpió:

—¿Y eso te sugiere algo, Alan? —habló agriadamente la muchacha.

El periodista asintió:

—Sí. Una idea increíble, querida. Que esos otros hombres, pueden ser «ellos». Las personas desconocidas a quienes tanto parece teme el paciente de Vaughan.

Jill se quedó pensativa.

—Si, Alan, es posible pero, entonces, ¿quiénes son «ellos»? ¿A quiénes se debe de referir y de dónde vienen?

La interrogante era tan singular que no tenía respuesta, por lo que Alan, tras un tenso silencio, añadió gravemente:

—Vete a dormir ahora, Jill. Mañana iré a ver de nuevo a Draco. Y acaso veamos más claro en el asunto… Ahora, me espera el periódico. Buenas noches, cariño.

Ella le sonrió afectuosamente.

—Buenas noches, Alan —le contestó—. No te preocupes demasiado por todo lo de esta noche. Todas las cosas tienen su explicación natural.

Cuando Jill se quedó sola y ascendió hasta su vivienda, tuvo la impresión demoledora de que al[1] aquella misma noche para todos cuantos le vieron e interrogaron: un enigma viviente.

Capítulo III

LOS PERSEGUIDORES INAUDITOS


staba muy alto el sol cuando un Alan Fisher todavía soñoliento y cansado se incorporó del lecho, ahuyentando la pereza que le invadía, y se metió bajo la fría ducha, a pesar de la baja temperatura que reinaba en el exterior. Esto le reanimó, alejando los últimos rastros de fatiga y sueño. Fresco y casi jovial, se preparó el desayuno, mientras extendía sobre la mesa el diario matinal, precisamente un ejemplar del propio «Morning News», en una de cuyas páginas interiores estaba la breve reseña facilitada a su editor sobre el curioso paciente del doctor Vaughan del Precinto policial situado en el mismo Distrito.

Nada aludía en ella al nombre o demás detalles del personaje, referidos por él mismo, ni era de esperar que otros diarios se ocuparan de ello, ya que no era caso que hubiera trascendida mucho, y el propio Anthony Vaughan creía falso lo del nombre de

Draco.

Alan se sintió en paz con su conciencia cuando comprobó que por él, nadie dañaría a aquel hombre. Estaba masticando una tostada empapada de café, cuando elevó ligeramente los ojos y vio la noticia insertada un poco más arriba. Era extraña y desconcertante:

«SINGULARES LADRONES DE ROPAS EN MANHATTAN». Seguía la referencia al tal Robert Miller asaltado por Draco. Pero también algo más. Había seis hombres que se quejaban de igual trato violento, por parte de un grupo de desconocidos, «aparentemente sin una sola prenda de vestir sobre sus cuerpos», que les asaltaron en una calleja poco frecuentada de Harlem, dejándoles inconscientes en la pelea. Cuando recuperaron el conocimiento, eran los agredidos quienes estaban a punto de morir congelados por su absoluta desnudez. La noticia resultaba cómica y pintoresca. Tres de los hombres eran negros, y de raza blanca los otros. Alan sonrió al imaginárselos camino de la comisaría cercana para dar parte.

Pero inmediatamente, su frente se nubló. Automóviles robados, ropas arrebatadas y las gentes… heridos que desaparecen, muertos que resucitan… Allí había algo extraño y anormal…

Sonó el teléfono de su gabinete, y se apresuró a acudir, dejando el desayuno a medio consumir. Descolgó el receptor, y antes de que pudiese siquiera interpelar, la voz angustiada de Anthony Vaughan le hirió por el receptor:

—¡Alan, ven enseguida si puedes! ¡El caso se ha complicado extraordinariamente!

—Demonio… ¿Y para eso me llamas ahora? Escucha, Anthony, yo no soy un policía, sino un sencillo periodista que no quiere meterse en más líos por causa de tus pacientes. ¿Qué le ocurre ahora a nuestro extraño amigo de los ojos color de ámbar?

—¡Ha desaparecido!

—¿Eh? —A Alan casi se le escapó el receptor de entre las manos. Procuró asirlo con la mayor fuerza posible y preguntó a voces—: ¿Pero cómo… cómo pudo escapar… en ese estado?

—Nadie lo sabe, Alan, y esto es una jauría de locos —gimió el médico—. Tengo a la policía, y el inspector Waldron quisiera hablar contigo sobre lo que anoche os dijo ese desconocido… Asaltó al

enfermero de guardia, después del examen clínico que le hicimos al irte tú… Le quitó sus ropas y, disfrazado con ellas, logró engañar a la enfermera de turno en el vestíbulo, y salió al jardín, escapando luego a través de la parte posterior del edificio.

—No es tonto, ¿eh? —meditó Alan, ceñudo—. ¿Qué sacaste del análisis en limpio?

—Nada, Alan. Estoy desesperado y medio loco. Ese hombre daba en toda prueba resultado completamente negativo. Ateniéndonos a lo que probé con él, está sano como tú y como yo de mente y espíritu. Pero por lo visto, yo no entiendo una palabra de Medicina ni de la humana naturaleza, porque ha dejado tirados por todas partes los vendajes de su cabeza… ¡y se ha ido sin ellos, como si tal cosa, a pesar de la gravedad de sus heridas!

—Bueno, ahora voy por ahí, Anthony —dijo el joven, colgando el receptor.

Estaba hecho un mar de confusiones cuando se encaminó a su guardarropa, y vistióse rápidamente, pensando sobre el hecho acontecido. No le había expresado a Vaughan el temor de que Draco hubiera sido secuestrado, y no se debiera su desaparición a una fuga. Pero aún resultaba más difícil imaginar un secuestro que una fuga, dentro de un establecimiento clínico.

Sin quererlo, pensó en aquellos seis agresores misteriosos de Harlem. ¿Eran ellos los fantásticos perseguidores de Draco Hyzus o como resultara llamarse aquel hombre? Ahora ya no sentía escrúpulos sobre sus informes acerca de aquel enfermo. Si ya no estaba en el edificio de Vaughan, ¿a qué seguir ocultando la verdad? Arrostraría los reproches de la policía y de su propio editor, pero informaría ahora al diario.

Tomó el receptor telefónico y, antes de marcar el número de su periódico, optó por llamar a Jill. No supo la razón de ese impulso, pero deseó ponerse en contacto con ella.

La propia Jill se puso al teléfono, y Alan le refirió lo que ocurría con rápidas palabras. La muchacha pareció meditar un largo rato, antes de responderle que no hiciera nada aún, puesto que era festivo y había aún tiempo de entregar noticias para la siguiente edición. Era mejor verse y discutir el caso. Y hablar con la policía, desde luego…

Alan cedió. Estaba demasiado asombrado por todo cuanto

ocurría, para negarse a esperar un poco más. Esto no empeoraría las cosas. Jill prometió reunirse enseguida con él, en Times Square, e ir juntos al hospital de Vaughan.

Se puso el abrigo y el sombrero, tomó los guantes de un cajón de su mesa, y miró con una sonrisa burlona la pavonada superficie de su automática. Era una idea estúpida, pero de pronto experimentó la necesidad de tomarla consigo.

No era partidario de las armas de fuego, pero esta vez aferró la pistola con fuerza y la hundió en el bolsillo de su gabán. Eso era tonto, pero se sintió más tranquilo. Salió del apartamiento y bajó en el ascensor hasta la planta baja, encaminándose a pie hacia el cercano garaje, donde le guardaban su coche.

Fue precisamente al doblar la esquina de la larga manzana donde estaba situado el garaje, cuando notó la presencia de aquel hombre detrás suyo. Caminaba con su mismo ritmo y rapidez, y al volverse Alan en redondo, el individuo pareció estar interesado por completo en los brillantes anuncios de un cinematógrafo. El periodista continuó adelante, pensando que estaba volviéndose demasiado susceptible a todo. Y no había razón para ello.

Sin embargo, las dos veces que volvió atrás la cabeza antes de llegar al garaje, el hombre seguía andando tras de él, a no más de cincuenta yardas de distancia. Su abrigo *beige* claro, ribeteado de negro y con un llamativo cuello de piel, resultaba demasiado peculiar para no ser visible a mil millas de distancia. Pensó que esa clase de abrigo le recordaba algo especial, pero no pudo concretar el qué. Su dueño llevaba la vista baja, como protegiéndose del frío aire, y sus facciones no eran muy visibles.

Alan llegó a la puerta del garaje y se detuvo allí, mirando descaradamente al hombre del abrigo *beige*. Pero éste pasó de largo ante él y se perdió calle abajo, sin dirigirle siquiera una mirada de curiosidad. Alan sonrió, para sí, diciéndose que estaba dejándose llevar por los nervios.

Un empleado del garaje se acercó lentamente a él, procedente del fondo del vasto local.

Venía abotonándose el mono azul, con el rostro cubierto de grasa. Alan no le reconoció como habitual empleado del garaje. El hombre llegó frente a él y le sonrió, preguntando cortésmente:

—¿Qué desea, por favor?

—Mi coche —dijo Alan—. Soy Alan Fisher. Es un descapotable gris y negro que…

—Oh, sí, sí, va sé cuál es. Vaya, por favor. Está en el sitio de costumbre.

—¿Es usted nuevo en el garaje, verdad? —interrogó Fisher, empezando a descender la pendiente suave y asfaltada del establecimiento.

—Sí, señor. Suplente de Navidad… —sonrió ampliamente—. Alguien tiene que hacerlo.

Asintió pensativo Alan. Aunque la voz del hombre que le hablaba tenía algo peculiar, en realidad no estaba prestándole atención a él, sino dando vueltas a sus ideas. De repente, experimentó la sensación de que le miraban fijamente por la espalda y se volvió en redondo hacia la entrada del garaje, provocando un movimiento de sorpresa al empleado festivo.

¡Allí, erguido en la entrada del local, mirándole fijamente, estaba el hombre del abrigo *beige* con cuello de piel!

Ahora podía ver bien sus ojos. ¡Eran de un azul frío, metálico, que recordaba, pese a su distinto color, los ojos de Draco Hyzus cuando le miraron en el Hospital Vaughan!

Como una conexión mental agudísima, evocó el acento inglés, musical y suave, del herido.

¡«Alguien» había, hablado «así» hacía un momento!… Sus ojos giraron hacia el empleado del rostro cubierto de grasa. Se encontró con una mirada gemela, azul y helada, que se clavaba en él con intensidad.

Alan Fisher se encontró de ese modo, ya al final de la pendiente del garaje, con un largo trecho hasta la salida, y con dos hombres hostiles ante él. El empleado ya no sonreía. Sus facciones, bajo los tiznones de grasa y lubricantes, eran duras, ásperas.

—No se resista, señor —dijo con inesperada dulzura, sin variar su expresión—. Nadie va a hacerle daño… Sólo queremos un informe.

—¿Un informe? —Alan, instintivamente, retrocedió un par de pasos, mientras sus dedos buscaban frenéticamente la automática en su bolsillo—. ¿Sobre qué o sobre quién?

—Eso, usted lo sabe… —El supuesto mecánico extrajo de su bolsillo posterior un ejemplar del «Morning News», doblado y sucio

de grasa—. Aquí ha escrito sobre él… aunque no todo lo que sabe. Queremos un informe sobre Draco Hyzus… ¿Dónde está ahora?

¡De modo que era «esto»! Al fin tomaban forma, cuerpo, realidad los perseguidores de Draco. Miró a sus espaldas, recordando qué abajo, en el subsuelo del garaje, había una puerta deslizante que comunicaba con un patio interior. Acaso pudiera huir por ella. Pero la esperanza se desvaneció. Estaban asomando por ella dos hombres. Vestían arbitrariamente. Uno lucía un traje muy claro, camisa marrón y un raro lazo blanco a guisa de corbata. El otro llevaba un abrigo similar al de su seguidor, que ahora estaba muy ocupado cerrando la puerta metálica de entrada al garaje… ¡«encerrándole allí dentro»!

—No sé quiénes son, lo que se proponen, ni siquiera de qué me hablan… —empezó a decir, tratando de ganar tiempo para pensar, para buscar una salida.

—No nos mienta, señor —dijo el falso mecánico—. No vamos a creerle. Draco habló, estoy seguro. Usted le ha visto antes de que desapareciera del hospital…

—¿Cómo saben todo eso?

—Eso no es cuenta suya, señor. Hemos venido a por Draco…

—Draco no irá con ustedes —se atrevió a decir duramente Alan —. He hablado también a la policía, y han creído su historia. Ahora les buscan a ustedes… Saben que robaron a los hombres sus ropas, anoche en Harlem. ¿Cree que esos abrigos y trajes chillones, propios de negros adinerados, engañarían a nadie? ¡Son robados, como todo lo que ustedes llevan! ¡Pronto caerán en manos de la policía…!

El otro, inesperadamente, se echó a reír. Sus palabras fueron desconcertantes:

—Vamos, vamos, señor, no trate de engañarnos. La policía no puede creer historia alguna que cuente Draco. Nadie la creería, porque para ustedes es imposible creerla. Pero es usted demasiado listo. Y si no sabe nada… al menos lo sospecha. Sería lamentable, porque tendríamos que llevárnoslo con nosotros…, de vuelta al lugar de dónde venimos.

Alan comprendió que no había escapatoria. Aquellos hombres extraños, que hablaban un inglés perfecto, aunque ligeramente musical, exótico, y hablaban de cosas increíbles, se movían ya, concentrándose en él, cercándole. Entonces, apeló a su último

recurso, el que tanto le repugnaba: la pistola.

Extrajo vivamente la mano armada, y clavó el cañón ante el «mecánico», exclamando:

—¡Cuidado! Si me obligan a ello, dispararé a matar. No intenten nada más…

—Si espera matarnos de ese modo, está en un error —sonrió el otro—. «Nosotros no podemos morir aquí», debería comprenderlo, puesto que tanto sabe… o dice saber. Todo hombre está destinado a morir «después» de haber nacido, señor… «pero no antes»…

Alan retrocedió, asombrado. ¿Estaba enfrentándose a una pandilla de locos, fugados de algún manicomio? Aquellas palabras carecían de sentido. Pero lo que sí tenía un claro sentido es que le estaban cercando ya sus cuatro nuevos enemigos.

Rápidamente, apretó el gatillo, disparando sobre el hombre del abrigo *beige* con cuello de piel. La detonación atronó el amplio ámbito del garaje, partió el proyectil, y el hombre se detuvo en seco, llevándose las manos con estupor al pecho, en el cual empezó a extenderse rápidamente una mancha roja.

—Mal hecho, señor —fue la helada réplica del hombre del «mono» azul, hablando con su voz característica.

Y, rápidamente, extrajo de su bolsillo algo sorprendente, que tuvo la virtud de paralizar la acción de Alan.

Pero éste estaba distraído.

El hombre herido rodaba ya por la pendiente del garaje, en apariencia herido de muerte, aunque Alan empezaba a no estar ya seguro de nada. Entonces, el periodista volvió la automática hacia el otro adversario, y fue cuando se quedó de una pieza, sin atinar siquiera a hacer fuego nuevamente sobre el falso mecánico, al darse cuenta del tipo de pistola que esgrimía.

¡El arma que éste empuñaba, y que estaba clavada en él, apuntándole certeramente, era una especie de pistola de extraña forma y un metálico color verde brillante, rematado por un cono rojo violáceo, sobre el cual, a modo de punto de mira, se distinguía una esferilla vidriosa, centelleante, que tuvo la virtud de despedir un destello que hirió sus retinas de modo asombroso!

¡Un arma nueva!

Alan disparó demasiado tarde sobre el enemigo. Su propia sorpresa ante aquella especie de «arma atómica», tal como la

conciben, poco más o menos, los fabricantes de juguetería infantil, para sus equipos «interplanetarios» tan a la moda, le había debilitado la rapidez de acción, y estuvo cosa de medio segundo, inerme ante la acción fulminante de aquel arma, sobre la cual el hombre no pareció ejercer presión alguna con sus dedos, salvo en la bruñida culata plateada de forma cilíndrica. Luego, un chorro de gas o humo denso, proyectado hacia él, le alcanzó como si fuera disparado por el agujero de escape de un lugar sometido a intensa presión, a muchas atmósferas.

El disparo enemigo le alcanzó.

Era un humo azulado, casi fosforescente por sí mismo, qué le envolvió de pronto en extraña niebla, tras la cual se desdibujó su enemigo, aunque no lo bastante como para que la automática de Alan no hiciera fuego, viéndole vacilar ostensiblemente, soltando su singular y fantástica pistola de gases.

Luego el hombre se desplomó.

Pero en apariencia, no eran precisos más disparos. La niebla azul pareció introducirse en el cerebro de Alan, le invadió como una marea fosforescente y absorbente, que borró sus ideas, pensamientos y desesperado afán de huir a sus enemigos desconocidos.

Se sintió caer.

Luego totalmente anulada su voluntad y su entendimiento por aquella extraña droga o arma letal, perdió el equilibrio, rodó por el tramo final de la ladera, y se hundió en una negra sima de tinieblas absoluta.

Capítulo IV

FUGA A LA CUARTA DIMENSIÓN



speró Jill Nelson en vano durante largo rato, en el cruce de Broadway con la Quinta Avenida, frente al cuadrangular pabellón del «subway», la llegada de Alan. El joven periodista no se presentó, aunque estuvo aguardando una media hora larga. Entonces optó por telefonear a su vivienda, pero nadie respondió al teléfono. Probó fortuna con el hospital, y Vaughan la comunicó, excitadamente, que la policía aguardaba su llegada, pero que Fisher aún no había llegado ni se sabía nada de él.

Muy preocupada, Jill regresó a Times Square, esperando un largo rato más. Pero siguió sin ver el menor rastro de Alan. Cumplida la hora de inútil espera, la alarmada Jill resolvió dirigirse al diario.

Tomó un «taxi» y le dio la dirección del «Morning News». Pero allí, nadie sabía nada en absoluto de Alan Fisher, entre el personal

periodístico de turno en aquel señalado día festivo. Las posibilidades empezaban a agotarse. Desde las cabinas telefónicas de la Redacción, Jill volvió a llamar a la clínica, y Vaughan le confirmó las mismas noticias, rogándole que dejara de buscar a Alan y se encaminase allí, puesto que los agentes de la policía querían entrevistarse con ella, a propósito de la misteriosa desaparición de aquel Hombre.

Jill prometió apresuradamente que estaría allí en menos de quince minutos y colgó de nuevo, quedándose con aire pensativo un largo espacio de tiempo, antes de insistir con un nuevo níquel en la ranura y una llamada al departamento de Alan.

Escuchó el sonido del teléfono. ¡«Estaba comunicando»! Eso significaba que Alan estaba por fin en casa, y mantenía conversación telefónica con alguien o había descolgado el receptor para no ser molestado. Con un suspiro de alivio, salió de la Redacción del «Morning News», avisó a un nuevo taxímetro que se hallaba estacionado a media manzana de distancia, y le encargó rapidez en el recorrido a la dirección de Fisher.

La muchacha sentíase profundamente preocupada por todo aquello un poco antes. Pero ahora comprendía que cuando llamó, Alan estaría fuera por algún motivo, y un imprevisto le había impedido acudir a la cita concertada, suponiendo él que Jill tendría la precisa intuición como para reunirse con él en su apartamiento. Sin embargo a pesar de la aparente sencillez de la explicación Jill seguía preocupada. ¿Por qué aquel comportamiento de Alan con ella? ¿Había averiguado algo nuevo, un misterio más en la cadena inexplicable de sucesos que rodeaban al paciente enigmático de Vaughan?

Ella no podía olvidar lo ocurrido la noche antes en la clínica. No era fácil que se borrara de la memoria la expresión de los ojos color ámbar, ni la voz fluida, musical, llena de cordura… y acaso también de un remoto terror que no se podía identificar.

El «taxi» se detuvo ante la puerta del edificio de apartamentos donde Alan tenía su vivienda. Jill abonó el importe de la carrera y, presurosa, pulsó el llamador de abajo. La puerta de entrada, tras una larga pausa, se abrió automáticamente, y la joven ascendió apresuradamente por la escalera, sin detenerse a tomar el ascensor.

Una vez en el piso donde residía Alan, buscó su apartamiento y,

ya ante él, pulsó el timbre. Al otro lado de la puerta, sonaron pasos. Un instintivo temor se apoderó de la joven, que hubiese retrocedido vivamente, de haberle dejado libertad de acción su propio estupor y pánico irracional. ¡Aquéllos no parecían «los pasos ele Alan»!

La puerta se abrió bruscamente. Un hombre apareció en el umbral. Jill acaso hubiera lanzado un chillido estridente, de no anticiparse a su acción el personaje aparecido en la puerta, el cual se echó rápidamente sobre ella, tapándole la boca con una mano firme, sólida pero no brutal.

Después, fue introducida rápida y enérgicamente en el apartamiento, cerrándose la puerta detrás de ella. El hombre la soltó, y Jill retrocedió, jadeando, unos pasos. Sus ojos, muy abiertos, miraban con terror al mismo ser a quien viera tendido en el lecho de la clínica, a Draco Hyzus, vestido con un traje vulgar y un abrigo amplio, muy alto y atlético con sus extraños ojos ambarinos clavados en ella y una expresión dura, implacable en el rostro marmóreo. Sobre su frente, y sienes, al descubierto, se apreciaban surcos de cicatrices recientes. Pero ninguna otra huella del accidente gravísimo de horas antes.

—¡Usted! —gimió con profundo miedo la muchacha, buscando un medio de escape a aquel diabólico individuo surgido, en apariencia, de la nada—. ¡No es posible…! ¿Y Alan? ¿Dónde está Alan?

—No lo sé —aseguró aquella notable voz exótica, armoniosa y llena de autoridad—. Se lo prometo. No sé dónde está, pero usted no tiene que temer nada de mí, señorita… Yo no voy a hacerle daño…

—Entonces… entonces… ¿qué hace aquí? ¿Por qué me ha forzado a entrar?

—Yo no he hecho nada de eso, se lo prometo. Soy el primero en lamentar todo esto. Pero necesito ayuda. Urgentemente… «desesperadamente»… o me volverán a mi lugar de origen…

—¿Origen? ¿Luego usted nos mintió? No es norteamericano… —Jill le miraba con nueva aprensión—. Posiblemente no sea más que un espía, un agente enemigo infiltrado aquí…

—¿Espía? —El llamado Draco Hyzus sonrió, meneando negativamente la cabeza—. Oh, no. No soy un espía, como usted dice. Tampoco les mentí. Yo… yo he nacido en esta misma tierra

que usted pisa ahora. Sólo que «entonces»... entonces, esto ya no era América...

—¿Entonces «ya no era»... América? —Jill le miró como hipnotizada. Bajo la fina lana de su suéter, el agresivo busto subía y bajaba rítmicamente, al compás de su tensa respiración—. No lo entiendo... ¿A qué «entonces» se refiere usted? Carece de sentido...

—Sí, carece de sentido... para usted. Creo que el único que lo entendió, o estuvo a punto de entenderlo, fue él...

—¿Él?

—Sí. Su compañero de anoche. ¿O era su esposo?

—No. Claro que no. Pero usted ha tenido que ver a Alan, usted está aquí, usted ha entrado en su piso, y sabe quién es él...

—Eso no es difícil para mí —sonrió él—. Sé que se llama Alan Fisher y trabaja en el «Morning News». Leí los periódicos en el hospital, esta mañana. Entonces escapé. Sabiendo quién era él, tenía que buscarle, pedir su ayuda... para no ser hallado por «ellos», para que no me obliguen a «volver»...

—Ya está de nuevo su historia —suspiró la rubia muchacha, más calmada—. Vuelve a sus perseguidores fantasmas, a su historia de ser secuestrado y vuelto a un lugar hipotético que radie sabe cuál es...

—¿Un lugar? —La ironía se mostró en el rostro de Draco. Eso es lo malo. No es ningún «lugar» en este espacio donde nos movemos todos, en este plano donde vivimos y existimos, señorita.

Ella le miró con el escepticismo de quien escucha a un orate.

—No me dirá que es usted un espíritu, ¿eh? —bromeó, divertida.

—No soy ni siquiera eso... «todavía» —dijo lentamente él, mirándola. Sus ojos eran hondos, limpios, sinceros—. Soy Draco Hyzus, capitán de las Legiones de Lygman Zobb... y pertenezco al Gran Estado. Tengo que nacer aquí mismo, donde ahora estamos, señorita... pero «todavía no he nacido»... porque yo pertenezco al «Mañana del Mundo»...

* * *

El silencio que siguió a esa absurda, increíble y alucinante declaración, dicha con toda la seriedad y el patetismo de que un

hombre podía ser capaz, dejó a Jill Nelson petrificada. Quiso estudiar a aquel extraño ser como a un loco rematado, y fracasó. No podía, era incapaz de verle como a tal. Y sus palabras sonaban a reales, a sinceras, por inverosímil que pudiera parecer.

—¿El…, Mañana del Mundo? —tartamudeó, con voz ronca, palideciendo intensamente.

—El Futuro, sí. —Aquel hombre singular, alto y atlético, de facciones hermosas y duras, avanzó hacia la ventana y señaló a través de ella la intrincada jungla de cemento de la gran ciudad—. Vea eso: dentro de años, de siglos, no quedará nada de ello. Terribles guerras y devastadoras hecatombes cuya mención le volvería loca de terror, señorita, destruirán esa obra soberbia del hombre, demostrando su insignificancia. Otras obras geniales de arquitectura e ingeniería sustituirán a esas maravillas de hoy. Yo las conozco, ya las he visto en mi Tiempo, en mi lugar en el Espacio-Tiempo donde estoy destinado a residir… y del que he huido. He venido a otra época cualquiera en la dimensión cronológica, en una Dimensión que ustedes desconocen aún, aunque algunos científicos y matemáticos, según la Historia que yo conozco, hayan mencionado ya ciertos rudimentos sobre ella. No se sí usted me podrá entender este lenguaje… pero tengo que hablar con alguien. Tengo que hablar de todo esto, o me volvería loco… Soy humano, aunque no lo parezca, soy como usted o como el señor Fisher… sólo que no correspondo a su época, he penetrado en ella como un viajero desplazado que busca alojamiento en algún lugar del mundo. Mi lugar tiene que ser en el Tiempo… porque es el único medio de escapar a la muerte.

—¿Espera que yo pueda creer toda esa fantasía? —Jill parpadeó, tratando de sustraerse a la poderosa influencia hipnótica de aquel hombre—. Suena… suena todo a increíble…

—Lo sé. Por eso quería hablar al señor Fisher. Acaso él me comprenda.

—Bueno, Alan se ha ocupado de temas de los «sputniks» y todo eso, pero… esto supera toda posible fantasía al alcance de nuestras mentes. ¿Cómo podría un ser viviente «moverse en el Tiempo», igual que si éste fuera un camino o una serie de habitaciones?

—Usted ha dado con el símil. Eso es el Tiempo. Un camino a recorrer, si se halla el medio de «moverse» en él. Mi época ha

descubierto eso ya. Yo soy el primero en utilizar el descubrimiento, en recurrir a la ciencia para eludir mi propio destino, mi época y mis contemporáneos.

—Si realmente eso fuera posible… usted estaría a salvo.

—No. ¿«No comprende que ellos también pueden viajar por el Tiempo, ir al Futuro o al Pasado, en busca mía, para devolverme a mi propio Tiempo»?

La posibilidad era alucinante. Y sin embargo… coincidía de forma asombrosa con muchas de las cosas ocurridas. Jill miró sus heridas casi cicatrizadas. Recordó una frase del doctor Vaughan: «Tenía que haber muerto ya…».

—Y aquí… en este momento… «hoy»… no puede usted morir… —balbuceó, impresionada.

—No puedo morir… porque «ni siquiera he nacido aún». Faltan seiscientos años para que eso ocurra… Soy el viajero más extraño y terrible de todos los tiempos, señorita…

En aquel momento, golpearon a la puerta. Jill y él se miraron, larga y silenciosamente. Un profundo recelo se apoderó de ambos. La joven susurró, estremecida:

—Puede ser Alan…

—¿Y no tiene llave de su propio apartamiento? —observó, con fría lógica, el hombre.

Jill se mordió los labios, asintiendo. Pero, si no, ¿quién podía ser? La llamada se repitió. El supuesto «viajero del Tiempo» levantó sus manos con desesperación.

—Perdí mi arma de defensa en el choque del automóvil —musitó—. No sé qué hacer…

Jill, decididamente, se movió hacia la puerta e interrogó con voz serena:

—¿Quién llama?

—Es un telegrama para el señor Alan Fisher —dijo una voz, en meloso inglés.

Draco hizo un instintivo ademán, presionando con fuerza el brazo de la joven. Pero ella ya había captado el singular tono con que se expresaba el de fuera, y replicó:

—Échelo debajo de la puerta, entonces.

—Lo siento, pero ha de firmar. No puedo dejarlo, en caso contrario.

—Bien, pues llléveselo al demonio —replicó Jill—. No está el señor Fisher.

—Es urgente —agregó la voz musical.

Jill ni siquiera se dignó a responder y, tomando una determinación, indicó a Draco que, le siguiera. Juntos, se movieron hacia la puerta de comunicación con el dormitorio de Alan. Lo cruzaron, saliendo al blanco y pulcro cuarto de baño, a cuya, ventana se acercó la joven, alzando el vidrio de guillotina y señalando el estrecho pasaje que circulaba a espaldas de la casa. Una escalera metálica se perdía hasta el fondo mismo, concluyendo apenas a tres metros del adoquinado.

—¿Por ahí? —murmuró rápidamente Draco, comprendiendo.

Ella asintió. Juntos, iniciaron el descenso. Draco iba delante, bajando con agilidad y premura los metálicos escalones. Jill le seguía, alzando frecuentemente los ojos hacia la ventana, por si alguien se decidía a seguirles. No ocurrió nada de eso en todo el trecho de fachada, hasta tocar tierra. Allí, al brincar Jill, su esbelta figura cayó en los fuertes brazos de Draco, encontrándose la joven con la intensa mirada de ámbar a dos pulgadas de la suya propia.

—Vamos hacia la izquierda —indicó, al ponerla suavemente en tierra—. Por el otro lado saldríamos a la entrada principal y podríamos dar con esa gente, sean quienes sean…

Asintió su compañero de fuga, y corrieron en dirección a la izquierda, a lo largo del estrecho y solitario pasaje, en busca de un lugar donde hubiera vehículos de alquiler para alejarse de tan peligrosa vecindad.

Ya antes de la salida a una avenida más amplia y concurrida, a pesar del crudo frío navideño, se detuvieron ambos, y Jill volvióse un momento, mirándole gravemente.

—¿Se da cuenta de que si todo esto no pasa de ser una absurda historia hilvanada por usted para justificar su fuga, acaso de la misma policía, me ha metido a mí en ello al ayudarle a huir? Y bien mirado, aquí, bajo la luz del día, en la calle de la ciudad, rodeados de gentes normales, resulta todo tan inverosímil y disparatado…

—No hay hombre alguno que pueda inventarse una cosa así para justificar nada —le replicó él, con aplastante sentido común—. La mayor mentira que hubiese podido yo inventar, sería más verosímil y admisible que la verdad…

Jill enmudeció. ¿Por qué creía de ese modo en aquel singular personaje que, si era cierto su relato, procedía de «otro Tiempo», de otra dimensión en el espacio, donde el Hombre aún no había podido penetrar, ni siquiera intuir su naturaleza, su traslado a un plano dimensional al alcance de la comprensión humana?

«El Tiempo… Objetivo cubierto por Einstein, por Kant, por filósofos, escritores y matemáticos… pero únicamente en el terreno de la teoría, en lo puramente hipotético… ¿"Habíase revelado su secreta dimensión a los hombres de otros tiempos del Futuro y era aquel Draco Hyzus uno de ellos"?».

—Creo que tiene razón —dijo finalmente—. Bien sabe Dios que sí creo esto, puedo creerlo ya todo en el mundo. Pero anoche, nada tenía sentido ni explicación en torno suyo. En cambio, eso lo explica todo… aun a costa de parecer inexplicable de arriba abajo. ¡Vamos, un coche se acerca! ¡Puede que sea un «taxi» libre!

Ambos salieron a la avenida, cuando el coche dobló la esquina. Y Jill lanzó una exclamación de alegría al reconocer el descapotable gris y negro, así como el rostro familiar, asomado sobre el volante:

—¡Alan! —gritó, alzando jubilosamente los brazos—. ¡Es Alan Fisher, por fin…!

* * *

El coche frenó en seco ante ellos. Los ojos de Alan les contemplaron, al parecer sin sorpresa ni curiosidad, como si su aparición en plena calle, llamándole a voces y gesticulando desesperadamente, fuera lo más natural del mundo.

Después, abrióse la portezuela y Alan bajó a la acera, mirando a Jill con fijeza.

—Subid —dijo sin entonación—. Deprisa…

Jill se hubiera mostrado extrañada de aquella fría actitud, de no mediar la urgencia de la situación de Draco en aquellos momentos. En vez de eso, se apresuró a correr hacia el coche, dejando las preguntas para más tarde. Draco lo hizo tras de ella, y cuando ya iban a entrar en el coche, el hombre que decía pertenecer al Mañana retrocedió vivamente, con el horror más profundo reflejado en el semblante.

—¡No! —gritó—. ¡No entre ahí! ¡Es una trampa! ¡Alan Fisher

está bajo los efectos de la droga «Azur»! ¡No es más que un autómata al servicio de la Legión de Lygman Zobb, para secuestrarnos a los dos! ¡Escape…!

Jill se detuvo, petrificada, en la entrada del coche. Alan ni siquiera se había movido y parecía, en efecto, un autómata. Del interior de la cabina, trasera del coche brotaron súbitamente dos hombres, y otro que había oculto junto al volante, saltó también a la acera, confluyendo todos en torno de Jill y de Draco, antes de que tuvieran tiempo de huir.

Los dos hombres de atrás salieron con extrañas pistolas verdes y amoratadas en las manos, encañonando a Draco. Pero el hombre de ojos color de ámbar obró rápida y eficazmente, demostrando que era persona violenta y habituada a luchar. Disparó un puño potente y duro contra uno de los adversarios, haciéndole soltar la pistola, que rebotó en la acera, mientras él se tambaleaba, a punto de rodar al centro de la calle.

Al mismo tiempo, otro de los adversarios saltó contra Draco, pero se encontró con un violento puntapié de éste, que incrustó su zapato en pleno estómago, doblándole con un rictus de dolor, y haciéndole recular hasta que chocó contra un muro de ladrillos.

Alan Fisher continuaba erguido, ajeno a la ruda y súbita pelea, como un muñeco sin vida ni entendimiento. Jill pugnó por ayudar a Draco, pero entonces el tercero de los agresores la descargó un chorro de vapor azulino, disparado por su extraña pistola, y Jill se sintió envuelta en él, cayendo dentro del automóvil con los sentidos embotados y cada vez más débiles.

Draco se lanzó impetuosamente sobre el que disparara a Jill y le disparó dos puñetazos terribles, dos impactos rudísimos de sus demoledores nudillos, abatiéndolo contra la portezuela.

A lo lejos, unos transeúntes corrían hacia el lugar, para indagar sin duda la naturaleza de la pelea. Draco se movió hacía el coche, para extraer de él a Jill y evitar que la secuestraran, convirtiéndola en una esclava pasiva como a Fisher. En aquel momento, el que recibiera el primer directo, reaccionó, recuperando su pistola, y con ella soltó un violento mazazo en la sien derecha te Draco.

El fornido y valeroso combatiente se tambaleó, aturdido. Acaso hubiera llegado a reaccionar todavía al tremendo impacto del metal, revolviéndose contra su atacante, pero en aquel instante, éste

adivinó que Draco aún no estaba vencido y cambió rápidamente de posición la extraña pistola verde, soltando un sibilante chorro de humo azul, fosforescente y denso, que envolvió al contrario.

Draco se tambaleó, luchó contra la derrota ya inevitable con todas las fuerzas de su ser, dominado ya por la terrible fuerza letal del extraño gas. Luego, un simple empellón de uno de los tres atacantes, bastó para introducirlo dentro del coche, abatiéndose el sólido corpachón del hombre de ojos ambarinos junto a la inerte Jill Nelson.

—¡Vamos! —ordenó el triunfador a Alan Fisher, que seguía su automatismo inamovible—. ¡Conduce a toda prisa hacia donde yo te diga!

Luego se volvió a los dos compañeros que, difícilmente, se recuperaban de los golpes recibidos, y habló con premura, mirando a los transeúntes que corrían hacia ellos:

—¡No podemos perder más tiempo! ¡Apresuraos a salir de aquí enseguida!

Los otros se metieron en el coche, Alan Fisher —o su fantasma físico— ocupó el volante y condujo con ojos inmóviles, por las avenidas de la ciudad, dejando pronto atrás, a considerable velocidad, el lugar del suceso.

Uno de los ocupantes del coche se volvió a los otros, mirando ceñudo a los caídos en el compartimiento de atrás.

—¿Y es necesario que nos llevemos también a la mujer y a ese hombre? —inquirió.

—No hay otro remedio —replicó el otro, el mismo que venciera a Draco al final de la lucha, y que parecía tener más autoridad que los restantes—. Saben demasiado los dos. Creo que Draco les contó la verdad…

—¿Y la hubiera creído alguien? —Manifestó el que hablara primero, mirando a través de una ventanilla—. Por lo que veo, este mundo es vulgar y escéptico. No creen en nada que no sea aquello que consideran posible. Lo «nuestro», todavía es imposible para ellos. Son seiscientos años los que nos separan, Ryghel.

—No podíamos correr riesgo alguno. Recuerda lo que una vez dijo el Oráculo de Alpha. El Tiempo sería nuestro peor enemigo, y seres de épocas remotas causarían nuestra perdición… Es sólo una profecía astral, pero Lygman Zobb cree en ellas. Que él decida.

—¿Crees que Cepheo habrá logrado llegar con los dos heridos? —observó el que no hablara hasta entonces.

—Claro que sí. Ahora ya sabe cómo funciona un automóvil. Lo que anoche le ocurrió a Draco y a nosotros mismos, por desconocer la mecánica simple de este Siglo, no se puede repetir ya.

—Para el tiempo que nos queda de permanecer en esta época… —rió uno de ellos.

—¡Infiernos! —masculló, irritado, Ryghel—. He perdido la pistola… Debió caer allí, cuando peleábamos.

—¿Volvemos a por ella, Ryghel?

—No, no hay tiempo de eso. A fin de cuentas no creo que haya nadie capaz de comprender lo que eso significa…

No se volvió a hablar del asunto. En silencio, el grupo de hombres de otro Tiempo, fueron viajando por las calles de Manhattan, en dirección norte, hacia el lugar de donde habían surgido fantasmalmente la noche antes, en persecución de un hombre, fugitivo de su propio lugar en la Dimensión-Tiempo. Un lugar terrible y pavoroso, al que ahora volvía como prisionero, acompañado de dos seres a quienes el Destino había unido a él en su fantástica aventura más allá de todos los límites alcanzados por el ser humano…

En otro lugar de los siglos, un día navideño del remoto año 1957, en la ciudad de Nueva York, de los Estados Unidos de América…

* * *

—¡Es curioso a lo que se ha llegado en la fabricación de juguetes hoy en día! —mascullaba el agente uniformado que, en su ronda habitual, encontró cosa de una hora después, la curiosa pistola verde, bruñida y singular, donde poco antes la perdiera Ryghel.

—¿La habrá extraviado algún niño? —observó un compañero suyo con quien acababa de cruzarse en sus respectivas trayectorias.

—¡Vete a saber! —rió el policía anterior guardándose el curioso artefacto en un bolsillo—. A lo mejor fue el mismísimo Papá Noel mientras repartía los juguetes… De todos modos, a mi chico le hará mucha ilusión… ¿Quién va a reclamar esto, después de todo?

—Nadie, tienes razón —asintió el otro, continuando su ronda.

No, nadie reclamaría aquel arma, destinada inventarse seis siglos más tarde. Porque el único que hubiera podido hacerlo, estaba ahora lejos, muy lejos de allí. No en el espacio, porque en realidad ni Ryghel ni ninguno de sus compañeros y secuestrados se moverían geográficamente de América, ni siquiera de Nueva York.

En cambio, en el Espacio-Tiempo, sus cuerpos, sus seres, estaban viajando ya hacia el Futuro, desplazándose a lo que tenía que venir. Al mañana del cual vinieron… llevándose a dos seres nacidos hoy, «que iban a vivir en el Mañana y a morir acaso»…

Y, con ellos, el más importante y codiciado de sus prisioneros: Draco Hyzus, capitán de las Legiones de Lygman Zobb, allá en el 2,557…

Un hombre que «había nacido Mañana».

SEGUNDA PARTE

NUEVA HYADES, 2557

CAPÍTULO V

SIGLO XXVI



a infinita, gigantesca espiral, pareció reducir la velocidad de sus giros. Era como una descomunal sierpe incorpórea, cesando de enroscarse en torno a su mente, sus ideas y pensamientos.

Aquella densa negrura que le cercaba al otro lado de las espiras giratorias, vertiginosas y constantes, cuyo ritmo de rotación disminuía, se iba aclarando en un azul crudo, intenso, casi frío.

Jamás Alan Fisher había experimentado sentimientos iguales o parecidos. Era como vivir flotando en el espacio, pero sin volar, sin moverse de un mismo sitio, como si fueran «las demás cosas las que se movieran, pero siempre en forma circular, concéntrica y envolvente».

Esa sensación cesaba a medida que la espiral paraba, se diluía materialmente en el abismo negro, insondable, de aquel vacío sin

fin ni límites ni puntos de apoyo.

Alan recordaba la fecha en que sufrió una intervención quirúrgica, y al recobrarse del narcótico aplicado experimentó curiosas sensaciones del retorno a la vida. Pero ninguna podía compararse a esto. Porque en realidad, creía comprender que ya «no estaba inconsciente» sino que su cerebro funcionaba con normalidad, sus sentidos despertaban… y sin embargo, «estaba flotando, ingrávido e incorpóreo», en «algo». Posiblemente en la Nada… O más allá de la Nada… donde el Hombre jamás había penetrado.

La luz azul se hizo más intensa, cruda y violenta, obligándole a cerrar los ojos. Lo cierto era que no sentía la presencia de sus ojos, como no sentía tampoco la de su rostro, miembros ni cuerpo. La idea de su cerebro, solo y flotante en aquel vacío terrible, le golpeó con la fuerza de un mazazo. Resultaba absurdo, pero tantas cosas de las que vagamente podía recordar ahora, le resultaban también absurdas…

Cosa rara, cuando aquella sensación de ojos cerrados se hizo casi real, física, y se sintió dispuesto a probar de alzar sus párpados, para mirar por fin lo que hubiese en torno suyo, comprendió que no podía hacerlo. No podía mover sus párpados, ni cosa alguna de su cuerpo. Sólo podía pensar, como un muerto en vida. Ahora empezaba a percibir una rigidez muscular, igual que si lentamente, fuese recuperando el cuerpo, perdido sabe Dios dónde y cómo. Claro que todo eso sólo podían ser sensaciones, imaginación, porque nadie puede ser desposeído de su forma física, desprendiendo o separando la mente de ese ser corpóreo, volviéndolo a unir después todo.

No obstante, ésa era la impresión vivísima que llegaba en oleadas a la mente de Alan Fisher, forzado a mantener aquella rigidez horizontal, a pesar de que pensaba, oía y quería moverse.

Sus oídos percibían sonidos extraños, tales como zumbidos, estruendo de algo que podían ser motores, aunque no podía estar seguro de ello, y voces. Voces musicales, armoniosas y graves, hablando un inglés perfecto, limpio, con algún giro extraño, pero comprensible en toda su extensión. Hablaban igual que Draco Hyzus, igual que los hombres del garaje…

¡El garaje! Sí, empezaba a recordarlo todo. Su derrota ante aquel

grupo agresor, cuyo medio de localizarle y disponerle la emboscada era todavía un misterio profundo para Alan. Y luego, la nube de vapor azulino, la pérdida de la consciencia, un trecho en blanco, que podía ser de minutos, horas, días o años… Finalmente, aquel hundimiento letal en la negrura sin forma ni colores, en una Nada absoluta y vacía de todo sonido o luz, excepto aquella sensación casi física de la infinita espiral, girando en torno suyo, como un reptil monstruoso, sin cabeza ni cola.

¿Dónde estaría ahora? ¿Adónde había sido conducido y por qué habían tenido que atacarle a él? Él no sabía nada… nada del hombre llamado Draco Hyzus, que decía ser del Gran Estado y tener miedo a «ellos» sus perseguidores fantasmales. Imaginó muchas cosas, sí, pero sonaban a grotescas, Tales como robos simultáneos de coches y ropas, tales como hombres desnudos, andando por Nueva York como si fuera, la selva virgen… Había, sí, muchos detalles aislados pero aun reuniéndolos, el total carecía de forma y de sentido.

No supo a ciencia cierta cuánto tiempo permanecía en aquel estado de inmovilidad forzada, que sólo parecía no hacerse extensivo a su mente y oídos. Pero de pronto experimentó cierto dolor en la cabeza, acaso donde se golpeara al rodar por el suelo del garaje, y esa punzada le hizo mover la cabeza vivamente, sin trabazón alguna.

Probó a repetir la acción con un brazo y pudo alzarlo. Entonces, abrió, poco a poco, sus ojos. La fuerza de la luz azul, violentamente proyectada sobre él, le obligó a cerrarlos de nuevo. Y por fin, muy lenta y pacientemente, repitió la maniobra.

Ahora, pudo «ver».

Se irguió, asombrado, mirando con verdadero estupor su cuerpo, totalmente desprovisto de ropas, como un nuevo Adán perdido… ¿en el Paraíso? No, aquello no parecía ningún Paraíso, a no ser que lo fuera artificial, construido por hombres que se habían saltado alegremente los conceptos de la arquitectura contemporánea, edificando muros circulares, un techo convexo que producía vértigos al reflejar las formas onduladamente en su superficie azul vidriosa, similar a la pantalla de un receptor de televisión. En cuanto al pavimento, era igualmente bruñido y liso, con el tono del lapislázuli, y de él brotaba luz. La luz misma que le hiriera,

cegadora y violenta. No había bombillas, ni ninguna otra forma de claridad que la que brotaba del suelo, dando un aire alucinante al lugar.

Sin embargo, no resultaba terrorífico, sino más bien sorprendente, lleno de desconcertante simplismo, por su total carencia de muebles. Eso sí, había como un tablero, «flotando en el aire, y sobre ese tablero, aparecía él tendido».

Atónito, probó de saltar al suelo. Lo logró sin dificultad, pisando aquel pavimento azul luminoso, y miró con intensa sorpresa la inexistencia de patas o soportes para aquel tablero vidrioso y duro, suspendido del aire, al parecer por arte de magia. Su fría mente habituada a deducir e investigar lo que, en apariencia no tenía explicación, razonó en vano sobre ello. Esto no tenía explicación alguna.

Luego se le ocurrió que acaso existiera allí una desconocida forma de materia, o una corriente magnética que sostuviera en alto, suspendida entre techo y suelo, aquella mesa, lecho o como quisiera llamársele. Pero si era así… ¿«Dónde estaba»?

Alan Fisher miró con desaliento su figura, grotescamente desprovista de ropas, en los reflejos opalescentes de los muros. Evocó a Draco Hyzus y a sus seguidores. Evidentemente, ya no era tan absurdo imaginárselos desnudos como estatuas, por el propio Manhattan.

De repente, un silbido melodioso penetró en la estancia sin saberse por donde podía hacerlo, en buena lógica, puesto que aquel recinto asombroso carecía de puertas, huecos o ventanas.

Y después, una voz pronunció palabras en correcto inglés musical, dejando asombrado a Alan Fisher:

—Escuche, señor Fisher. No tiene que temer nada. Es usted un huésped de Lygman Zobb. Un huésped forzoso, pero que conservará su vida y libertad, siempre que acepte las leyes de Nueva Hyades. ¿Puede usted oírnos y comprendernos, señor Fisher? Podemos ver que está usted despierto y, al parecer, completamente consciente. Alan miró, ceñudo, en torno, preguntándose por dónde podrían verle y el cuadro que produciría su actual estado, a ojos de cualquier observador. Sin embargo, todo había sido pronunciado con tono solemne, sin acento burlón alguno. O aquellos tipos no tenían sentido del humor, o estaban habituados a ver a la gente así,

pensó Fisher amargamente. Y respondió con sequedad, sin tratar de ofrecer la menor aquiescencia a todo aquello:

—No sé de qué diablos me están hablando, ni quiénes son ustedes, ni lo que hago aquí. De modo que valdrá más que me aclaren todas esas patrañas de Nueva No-Sé-Qué, y sus leyes. Yo sólo acato las Leyes federales de mi país, como buen ciudadano americano.

Una larga risa burlona admitió sus palabras. Alan pensó que era un consuelo saber que aquella gente sabía reír también, fuesen quienes fuesen. Había llegado a dudarlo.

—No está usted «todavía» preparado para saber la realidad de su situación, señor Fisher. Su mente funciona con más lentitud que la de su amiguita, la señorita Nelson, porque ella ya «sabe y comprende»…

—¿La señorita Nelson? —Alan habló agudamente, palideciendo. Se revolvió contra los muros cilíndricos, ante la carencia de otra cosa a la que volverse—. ¡Jill! ¿La han capturado también?

—También, señor Fisher. Ella iba con Draco Hyzus cuando tuvimos que capturarla. También ella ha de jurar obediencia a nuestras Leyes, para gozar del privilegio de vida y libertad que le ofrece Lygman Zobb, el omnipotente Dictador del Gran Estado, cuya capital es esta de Nueva Hyades, donde ustedes se encuentran ahora. De sus antiguas leyes federales, de Nueva York, de los Estados Unidos y de todos los sistemas de gobierno y de vida que usted conoce, señor Fisher, lamentamos decirle que no queda ya nada en el Mundo. Ha transcurrido demasiado tiempo de todo aquello…

Tenía que ser una broma, una burla estúpida. «No cabía otra explicación», pensó Alan, sintiendo que se erizaban sus cabellos. ¿Cómo podían hablar en serio? Aunque no replicó, su gesto era bien elocuente, y se demostró que le vigilaban desde algún sitio, porque la voz completó:

Ahora mismo recibirá usted ropas de vestir y podrá salir de su encierro a ingerir algunos alimentos y poder contemplar la ciudad. Después de todo eso, posiblemente, pueda hablar con su amiga, la señorita Nelson, y escuchar lo que ya estará preparado para oír.

El silbido se repitió como al principio, cesando luego todo ruido. Alan se dedicó, lleno de desconcierto y temores, a recorrer pulgada

a pulgada el muro y el suelo luminoso, sin dar con rastro de altavoz, micrófono, pantalla televisora, rendija ni nada parecido.

Sin embargo, de pronto algo sonó a sus espaldas, como el suave deslizar de algo blando, y al volverse en redondo, comprobó, incrédulamente, que un rectángulo en forma de puerta se había abierto en el muro aparentemente igual y sin resquicios, mostrando la silueta de un hombre, un hombre alto, de fríos ojos claros, rostro inexpresivo, y vestido del modo más asombroso que Fisher hubiera podido esperar. Unas prendas simples, de color gris metálico, elásticamente ceñidas al cuerpo, con brillo satinado y aparente fibra plástica o vidriosa, cuya textura era un profundo misterio, se ofrecían a su vista. Llevaba también guantes azul oscuros, de igual materia al parecer, aunque algo más denso y duro.

El efecto de aquel hombre tuvo la virtud de hacer exclamar a Alan, atónito:

—¡Cielos! ¿Es que estoy en el planeta Marte?

El recién llegado sonrió, denegando con la cabeza.

—No, señor Fisher —dijo gravemente, utilizando aquel curioso inglés armónico y extraño—. Posiblemente se sienta usted igual que si hubiera viajado por el espacio. En realidad, lo ha hecho en cierto modo. Pero a través de un Espacio que nadie de su época cruzó jamás… Aquí tiene sus ropas. Vístase con ellas. No le será difícil. Luego, se le permitirá salir de aquí.

Salió rápidamente, después, de haber dejado las prendas sobre el curioso tablero suspendido en el vacío. Alan precipitóse con rapidez hacia la puerta. Pero ésta, con el mismo fantasmal roce, se volvió a cerrar. O más bien, la materia cristalina del muro pareció extenderse, hasta cubrir el hueco, como lo haría un reguero de aceite cubriendo el hueco que hubiera quedado en su curso. Se encontró con las manos adheridas a la pared sin huecos ni intersticios. Encerrado de nuevo.

Rabioso e irritado consigo mismo y con todo aquel misterio con apariencias de fantasía interplanetaria, tomó las curiosas ropas que le dejaran, iguales en simpleza y tejido a las que viera a su visitante. Sólo que éstas eran de un color cobalto brillante, lo mismo que las blandas y ligerísimas zapatillas translúcidas de delgada suela fibrosa, parecida al metal. Todo aquello hubiera pasado por el vestuario de una productora de Hollywood para una película, sobre

«marcianos», de no ser porque en todo lo demás, la cosa mostraba un aspecto serio, increíble. Y aquel muro extraño, aparentemente «vivo y dúctil»…

Miró aprensivamente en torno. ¿Qué clase de forma de vida estaba viendo? ¿Y por qué todos se referían a lo que él conocía, a lo habitual y cotidiano, como algo «remoto, olvidado y perdido ya en la distancia»? ¿Por qué hablar de «un espacio» que nadie cruzó jamás? Alan empezó a experimentar dolor de cabeza. Sin duda todo aquello era una farsa, una broma diabólica cuyo resultado y finalidad escapaban a su normal comprensión. Vistióse rápidamente, sin dificultad alguna, y la imagen que vio en los muros espejeantes, casi le hizo sonreír con cierta satisfacción. Al menos aquel ropaje ligero y fuerte le favorecía. No era plástico ni cristalino, sino una mezcla de ambas cosas con algo metálico. Sólido, ligero, fuerte y cómodo. La indumentaria perfecta. No pesaba ni un gramo.

Acababa de calzarse la segunda zapatilla cuando de nuevo se abrió la puerta inverosímil, y el mismo hombre de gris surgió en ella, sobre el fondo azul brillante de un corredor o estancia situada al lado opuesto de la salida. El personaje le invitó.

—Sígame, señor Fisher. Y no intente nada, porque todo sería inútil, como verá pronto.

Alan Fisher no pensaba intentarlo… «todavía». Tenía que ver dónde estaba, comunicarse de algún modo con Jill, saber de una maldita vez qué significaba todo aquel espectáculo gratuito y carnavalesco, detrás del cual parecía ocultarse algo siniestro, torvo.

La primera sorpresa fue la visión de aquel largo, larguísimo corredor de muros azules, iluminados igualmente por el suelo opalescente, hasta llegar a una gran puerta de fibra vidriosa, blanca impoluta, centelleante, que se abrió ante ellos. Sus pasos y los de su silencioso y rígido guía apenas si sonaban sobre el suelo iluminado.

La sensación de hallarse en otro mundo fue mayor que nunca. Además, la propia ligereza de las ropas daba la impresión de que pesaba menos, de que era más ágil y libre que nunca… a pesar de saberse prisionero de «alguien».

La puerta se abrió al fin ante él. Y su guía le dijo, sin dramatismos ni espectacularidad, antes de mover una mano para rozarla ligeramente en su brillante superficie blanca:

—He ahí Nueva Hyades, señor Fisher. Nueva Hyades, en el Año de Gracia de 2557…

Y Alan Fisher, conteniendo un grito de asombro, que se convirtió en un ronco gemido a flor de labio, se quedó allí erguido, tenso, con los ojos fijos en Nueva Hyades.

* * *

Jill Nelson contempló serenamente lo que aquel hombre que decía llamarse Ryghel mantenía ante él con gesto tranquilo, seguro y nada hostil. La mirada fría de sus ojos parecía más natural y amistosa ahora. ¡«Ahora»! Jill tenía que adaptarse lentamente a la alucinante realidad que estaba viviendo… Sabía que era cierto, que había viajado a través del Tiempo, dejando muy atrás incluso las teorías de Einstein sobre la contracción de Tiempo y Espacio, ya que ambas se habían llegado a fundir en una sola dimensión, proyectada al Futuro por un lado, al Pasado por la otra.

Jill creía en el significado de aquella imaginaria espiral que viera durante su viaje a través de la Nada, que «jamás se había movido de Nueva York». Estaba allí mismo en el lugar exacto donde estuviera seiscientos años antes, aquella Navidad de 1957. Pero ahora era el año «dos mil quinientos cincuenta y siete». Seis siglos atravesados por la materia y el espíritu, el más fabuloso viaje de todos los tiempos… en el Tiempo mismo, como aquel yanqui a quien Mark Twain proyectó a la Corte del Rey Arturo, o el «Peter Standish» a quien James hizo «vivir» en el pasado de su misma Plaza de Berkeley. Pero todo eso había sido simple literatura. Literatura en los escritores, teoría en el matemático, el físico y el astrónomo. Y ella, Jill Nelson, vivía ahora esa experiencia… «Estaba en el Futuro del Mundo», que había de llegar justamente seiscientos años más tarde.

—¿Quiere jurar obediencia a las Leyes de Nueva Hyades? —repitió suavemente Ryghel, alargando un poco más aquel libro de tapas de plata, como en el tiempo de Jill hubieran mostrado una Biblia ante un jurado y un tribunal.

—Sí. Lo juraré, puesto que ello significa mi libertad y mi indulto —dijo lentamente Jill—. Pero quiero hacer constar que en cualquier caso en que esto no estuviera garantizado debidamente, yo no

prestaría lealtad a mi promesa. También quiero volver a mi época. Y volver con Alan, puesto que según me ha dicho está también en su poder.

—Eso… sólo Lygman Zobb puede dictarlo —respondió brevemente Ryghel—. Él es nuestro Dictador Supremo. No hay otra Ley que la suya, señorita Nelson. Tal vez lo consiga… algún día.

—Eso es muy vago e inconcreto. —Jill le miró fijamente, con energía. Aquellas ropas plateadas de que la habían dotado, se amoldaban a su figura femenina, curvilínea y juvenil, destacando la agresividad de su físico maravilloso—. ¿Y Draco Hyzus?

—Es un caso distinto. Él desertó de nuestra época, utilizó el más grande invento del Hombre, como es la Proyección física en el Tiempo, para sus propios fines, intentando huir al Pasado para no ser hallado por nosotros.

—¿Por qué desertó?

—No puedo contestarle. Me está prohibido. Y lo que en el Gran Estado se prohíbe, nadie puede hacer uso de ello.

—Para haber transcurrido seiscientos años, la Humanidad ha progresado poco —objetó Jill con violencia—. Nunca me gustó obedecer hasta extremos tiránicos.

—Nuestro Dictador no es un tirano —replicó acerbamente Ryghel—, pero no tolera la desobediencia ni la rebeldía a «nadie».

—Eso, en el Siglo XX, era «tiranía». No sé si ahora le llamarán de otro modo.

—¿Va a jurar o no, señorita Nelson? —Se impacientó Ryghel.

—Sí —inhaló aire largamente, y extendió su mano—, juro solemnemente acatar las Leyes de Nueva Hyades, mientras me halle en su suelo, y bajo el mandato de su Dictador, siempre que se respeten mis derechos y mi existencia tal como se me prometió. ¿Está bien así?

—Sí, aunque tal vez la última aclaración sea algo oficiosa: —sonrió Ryghel—. Ahora, sígame. Creo que podrá ver a su prometido, el señor Fisher… si él ha jurado ya. Y, además, conocerá usted la realidad de nuestro tiempo, tan diferente del suyo…

Capítulo VI

EL MUNDO SOMETIDO



ra el espectáculo más maravilloso que se podía contemplar, algo con lo que jamás la mente humana, pudo soñar.

El blanco, el azul y el amarillo más deslumbrantes, parecían haberse armonizado y conjugado bajo el azul brillante del cielo, constituyendo una ciudad ideal, prodigiosa, de líneas, color y luz, tendiendo a la verticalidad plena de espiritualidad y esbeltez, lejos de la pesada y grisácea masa de los rascacielos, acaso más cerca de la filigrana árabe y de su blancura calina, pero llevada a límites de insospechada belleza plástica, por el material irisado y luminiscente de sus edificios, torres y cúpulas hemisféricas, opalinas o blancas hasta cegar. Cuerpos metálicos de bruñida carrocería y formas aerodinámicas, surcaban el espacio, entre los edificios, bien suspendidos en el aire, a pesar de carecer de alas, bien deslizándose

por espirales de centelleante metal, en torno a altísimas torres, hasta subir a sus cúpulas de cristal o hasta bajar a las calles amplias, verdeantes de vegetación y salpicadas del color vivo de flores exóticas y diversas. El sol, en el cielo, era el tibio sol invernal. Y, sin embargo, aquel paisaje de prodigio, aquella maravilla de la ingeniería, la arquitectura y la fantasía, aparecía bañado de una luz brillante, de pleno estío, y la temperatura en el ambiente era casi tropical, sin provocar excesivo calor tampoco.

Alan Fisher, desconcertado, lívido y con los ojos muy abiertos, miró a su guía, que le estaba sonriendo, aparentemente divertido por su reacción.

—Dios mío… —musitó roncamente—. Esto… esto es increíble… ¿Dónde estoy… dónde?

—Ya se lo he dicho: Nueva Hyades, capital del Gran Estado que antes fue el Continente Americano. Puede mirar en la distancia. Aún conserva su forma lejana. Manhattan, como lo llamaron, el East River, Coney Island… No verá usted lo que fue en su tiempo Staten Island, pues la guerra mundial del año 2142 la devastó por completo, igual que a su ciudad de Nueva York, tal como usted la conoció. De entonces acá, el mundo ha conocido muchas convulsiones, las más de ellas a causa de enormes cataclismos, que sí le ayudaron a ganar guerras y conquistar planetas, también causaron su ruina. Lo que hace quinientos años era Europa, no existe ya, señor Fisher. ¿Quiere comprobarlo por sí mismo?

Alan no supo si asintió o no. Lo cierto es que su terror, su sorpresa y su desconcierto eran demasiado grandes para hablar en forma negativa o afirmativa. Pero un par de horas más tarde, como si el tiempo entre la visión de aquella fantástica Nueva Hyades y esto de ahora hubiera sido un simple sueño, se encontró sobrevolando la familiar configuración de «su» Manhattan, de Nueva York. El vehículo utilizado en aquel vuelo era un fulgurante proyectil de rojo cuerpo alargado y velocidades que convertían a las supersónicas en simple caminar de tortuga.

Sin embargo, se controlaba el pequeño avión con suma facilidad, pese a sus escasos mandos, y el guía no precisaba conducirlo siquiera. Conmutado un pulsador, el aparato volaba. Al querer disminuir su velocidad, se limitaba a oprimir otro botón de distinto color, y el proyectil planeaba sobre las familiares costas de Long

Island, sobre el azul sin manchas donde «estuvo una vez» la enorme Staten Island, de la que no quedaba rastro.

Ahora, señor Fisher —dijo su guía, sonriente, con aquellos ojos azules e inexpresivos clavados en él—, visitaremos Europa, o lo que usted conoció sin duda como tal…

Alan parpadeó. Había hablado de visitar Europa como él podía decir a cualquiera que le llevaría en su coche hasta Brooklyn o Queens, Pero un momento después, el proyectil rojo hendía el aire como sin duda debió de hacerlo un arma intercontinental, y dejó atrás las costas de América, cruzó el Atlántico en un salto inverosímil, fabuloso, apenas cubierto en unos minutos de vuelo increíble.

—¡«Mire»!

El dedo del extraño piloto señalaba al horizonte. Alan Fisher se inclinó, mirando por las ventanillas curvas de material transparente, mil veces más duro y límpido que el cristal, y vio lo que «había sido» Europa. Era cómo una terrible costra en medio del azul. A través de la altura, se podían adivinar sus países, donde existieron una vez. Ahora, de todo eso, sólo había un muñón, una horripilante huella vacía, desolada, inerte… Tierra quemada, montañas desgarradas, cráteres espantosos, simas insondables, extensiones arenosas, por las que se filtraban aguas del mar. Pirineos, Alpes, Urales… Todo era ya «nada». Ni un ser vivo, podía quedar allí. Ni una persona respiraría o se alimentaría sobre aquel desierto atroz, atormentado y terrible que fuera un día cuna de civilizaciones, tierras de conquistadores y genios. El viejo Continente no existía ya.

El rostro de Alan era una lívida máscara de horror, y se cubrió los ojos para no ver tanto desastre, tanta muda huella de pasados cataclismos, de Apocalipsis anticipado para unos pueblos que sufrieron el daño del Hombre mismo. Se dio cuenta de que sollozaba.

—Volveremos —dijo inexpresivamente el piloto, accionando un conmutador—. Ya ha visto usted bastante, señor Fisher. Toda incredulidad quedará atrás después de eso. ¿Para qué molestarse en ver Asia o África? Todo es igual ya en el mundo. Todo, excepto el Gran Estado, Ave Fénix surgida de entre sus propias cenizas, Es el último y poderoso reducto de la Tierra, como mundo habitado. No habrá guerras ya. Lygman Zobb no lucharía contra nadie. Pero

además, todos los gobiernos del Continente que una vez se llamó América, son sus aliados. Es la perfección de vida humana, señor Fisher. Hemos dominado los espacios, conocemos los planetas, que, desgraciadamente, no han confirmado las teorías de su época, sobre habitabilidad. Son mundos muertos o en agonía paulatina, carentes de aire respirable y de condiciones de vida. Acaso ahora, descubierta la forma de viajar «miles de veces a mayor velocidad que la luz», se intenten conocer lejanos sistemas planetarios y galaxias remotas. Pero también eso es dudoso, por su falta de utilidad.

Alan no hablaba. Ya se veía de nuevo el continente vivo, el único habitado de la Tierra, en la distancia. Su guía prosiguió:

—Lygman Zobb ha logrado dominar la fuerza y energía solares, ha creado climas artificiales, el invierno y el verano no existen. La luz eléctrica quedó atrás, suplida por la energía del sol, hecha luz constante, incluso en la noche, por procedimientos de condensación y almacenamiento en gran escala. Ahora se busca prolongar la vida humana. ¿No cree ahora, señor Fisher, que este mundo de ahora, pese a su reducción implacable, es el mejor de cuantos se han conocido? Hay paz, calor, energía, vitalidad y técnica, al servicio de la raza humana.

Alan Fisher elevó lentamente los ojos hacia la mirada azul, helada, del otro.

—Y, sin embargo, Draco Hyzus escapó, lleno de horror, a esta época —dijo inesperadamente—; ¿«por qué»?

Reinó un largo silencio. El otro, sin duda, no esperaba esa réplica tajante. Alan parecía, al fin, haber aceptado la realidad incontrovertible de una situación que parecía producto de una pesadilla o de un delirio de alucinado, para atacar el punto de vista idealizado, precisamente en su punto más débil.

—Draco Hyzus ha sido siempre un rebelde —fue la respuesta seca del guía.

—Un rebelde «muy desesperado», ¿no cree? Ahora, cuando no hay fuga hacia ningún lugar del mundo, porque aparte el imperio ideal de Lygman Zobb, todo es desolación y muerte en la Tierra, Draco Hyzus resuelve utilizar un descubrimiento prodigioso, que yo aún no he logrado concebir totalmente… «para huir a tanta maravilla y perfección», para esconderse, por todos los medios, en

una época remota, pero indudablemente «mejor», pese a todas sus imperfecciones. ¿No es eso? ¿No es demasiado dispar esa razón con el bello cuadro que usted me ha pintado, de paz, dicha y bienestar? ¿No es más cierto que Draco quiso huir a un sistema de vida que le repugnaba, que pretendió eludir la implacable tiranía de un mesiánico como ese fantoche de Lygman Zobb o como se llame, que se cree el más grande hombre de todos los tiempos, y ha sometido a la última estirpe del mundo bajo su mando omnímodo y omnipotente? ¿No es «ésta, y sólo ésta, la verdad del Mundo de hoy, de la tierra del año dos mil quinientos cincuenta y siete adonde ha sido devuelto por la fuerza el fugitivo, y adonde hemos sido secuestrados cobardemente dos personas de distinto Tiempo»?

El silencio de ahora aún fue más tenso y cargado que el de antes. Los ojos expresaban frialdad y las facciones una absoluta carencia de emoción. Pero Alan Fisher, indudablemente, había dado en el clavo. Porque de repente, con la violencia de lo inesperado, una voz sonó en un receptor, a espaldas del único tripulante del proyectil rojo:

—He oído toda vuestra conversación, Myzziar —era una voz espeluznante, metálica y voluminosa, que parecía perforar los tímpanos, hiriendo el cerebro. Y poseía un dominio total, absoluto, de quien sabe que es superior a todos y obedecido por todos—. Regresa con Alan. Fisher aquí. Creo que es un hombre demasiado listo. Y peligroso. No conviene que esté libre, Myzziar. Ya sabes lo que has de hacer con él.

—Sí, señor —respondió, obediente, el llamado Myzziar—. Las palabras de Lygman Zobb son ley para mí…

Alan saltó bruscamente hacia adelante, arrojándose sobre su guía, en un desesperado intento por hacerse con el mando de la nave aérea y pasar de sometido a sometedor. Sin embargo, era evidente que Myzziar no esperaba un acatamiento pasivo por parte suya, y estaba en guardia, aunque Alan lo ignoraba.

El hombre del Siglo XXVI no pudo evitar que el puño derecho de Alan, sólido en todo momento, descargase con violencia sobre su mandíbula, arrojándolo contra el cuadro de sencillos controles de la nave.

Pero para entonces, el llamado Myzziar había logrado pulsar un tercer botón de color verde, y dentro del proyectil se formó

súbitamente la antigravitación formada artificialmente.

Alan, asombrado, se sintió elevado en el aire, flotó como una simple pluma sin peso ni gravedad, viéndose imposibilitado de atacar a Myzziar, que sin duda contaba con algún elemento gravitatorio que contrarrestaba la carencia de gravedad formada en la cabina aerostática, y se lograba mantener erguido, mirando con dura sonrisa al inofensivo Fisher.

—Lamento utilizar con usted estos medios, pero creo que hemos cometido un serio error al traerle a usted en el «Crono-Translator» o proyector del Espacio-Tiempo, señor Fisher —habló con aspereza—. Es rebelde por naturaleza, como Draco Hyzus.

—¿Eso quiere decir que me van a devolver a mi lugar en el Tiempo? —dijo Fisher.

—No. Eso quiere decir algo muy distinto, amigo mío. Nada ni nadie, excepto aquél a quien el Supremo Dictador autorice, volverá a viajar en el «Crono-Translator»… «Jamás». Al compararle con Draco Hyzus, quiero decir que, tal vez, sufra su misma suerte.

—¿Su suerte? ¿Y cuál es esa suerte? ¿Morir acaso? No temo a la muerte… mientras a Jill Nelson la respeten.

—Jill Nelson es dócil, señor Fisher. No nos dará tanto trabajo como usted. Ha hablado de morir. ¿Cree que en el siglo XXVI ejecutamos aún a los reos de rebeldía o traición? No, no, los tiempos adelantan en todos los órdenes. Y matar a un hombre no es adelanto. Se ha de buscar qué ese hombre sufra un castigo, aunque sea mil veces peor que la muerte pero que sirva de alguna utilidad al resto de su sociedad. Ése es su caso, Alan Fisher, como es el caso de Draco Hyzus…

* * *

Jill se incorporó, llameándole sus pupilas grandes y dilatadas. Derribó sobre el pulimentado suelo los delicados manjares de desconocida naturaleza y sabor que le habían servido sobre la mesita de vidrio situada en una rotonda circular, con grandes ventanales asomados a la fabulosa ciudad resplandeciente que era Nueva Hyades.

—¿Que Alan no podrá verse conmigo? ¿Qué me está vedado ver a mi prometido? ¿Por qué? —gritó, destemplada, avanzando hacia

el silencioso y tranquilo Ryghel, erguido ante ella con la mirada grave—. ¡No es eso lo prometido, no es eso lo que se me hizo creer!

—Lo lamento, señorita Nelson, pero las cosas han sufrido un brusco cambio en este breve intervalo —dijo Ryghel lentamente—. Alan Fisher se ha comportado de manera rebelde. Ha pronunciado frases altamente ofensivas para nuestro Dictador, según el informe que Myzziar nos ha dado. Después, atacó al propio Myzziar que, por orden de Lygman Zobb le mostraba lo que resta del mundo en que vivimos, y cuyo estado ya le he referido a usted. Tuvo que reducirle a la impotencia y traerlo en calidad de prisionero especial, pasando a reunirse con el rebelde Draco Hyzus. Libre, su novio es un peligro para la seguridad interna de nuestro Gran Estado.

—¿Un peligro? ¿Alan un peligro para todo ese prodigio de técnica, ciencia y progreso? ¿Un simple hombre del Siglo XX? Resulta ridícula la excusa…

—Sin embargo, no lo es. Todo lo que usted ve, es obra del Hombre. El ser humano varía poco, respecto a la marcha de los tiempos. Su mente y su inteligencia son lo que cuentan. Puede destruir aquello que creó. Hay que neutralizar ese peligro. Nuestro Estado es poderoso y fuerte porque, destruye cuanto se opone a su marcha inexorable. No se puede permitir que un pequeño obstáculo mine la marcha de los engranajes de la máquina más precisa y delicada de todas: la civilización y el adelanto del Siglo XXVI…

—¡Pero es monstruoso! —gimió Jill. La hermosa muchacha, enfundada en su traje de plata, creció en belleza y belicosidad con su propia furia ante la injusticia—. ¡Es una tiranía inadmisible, propia de la Edad Media, y no de esta época de supercivilización!

—La supercivilización se tiene que basar, por fuerza, en la tiranía —replicó Ryghel, incisivo—. Si queremos ser grandes y omnipotentes, hay que dominar a los demás. Sólo así obedecen. Es el sistema social y político de Lygman Zobb.

—¡Ya veo! ¡Un mundo sometido, un baluarte final de la raza humana, esclavizada a sí misma, porque el Hombre la domina con la tiranía brutal de las fieras! ¡Ésa es la política monstruosa de su Dictador, ese superhombre que no es sino un ególatra, un ser tan débil y cruel, que precisa encadenar a los demás para considerarse superior!

—El Dictador del Gran Estado puede oír en cualquier momento

lo que en cualquier sitio se diga —le reprendió severamente Ryghel—. Y no sería más piadoso con una mujer… No repita más esas palabras, propias de su irritación, y tenga calma. No cometa un error imperdonable. Las mujeres acusadas de rebelión, tienen peor destino que los hombres.

—¿Y cuál es el destino de esos hombres? —indagó angustiada la joven—. ¡Dígamelo!

—No existe la pena de muerte en Nueva Hyades. Los reos de ese delito, son conducidos al Centro de Energía Solar de Cygnus, para trabajar como esclavos hasta el fin de sus días, en los pabellones de concentración de la fuerza del Sol como medio de vida…

—¡Dios mío, no es posible!

—¿Y allí van… Alan y Draco? —inquirió, con voz estremecida de horror la joven.

—Sí, allí han sido destinados. No sea usted loca y manténgase firme, o todo se perderá. Piense que la esperanza debe mantenerse siempre… incluso en los peores momentos. Y no me pregunte más, por favor… Ya le digo que «alguien» puede oírnos…

Jill alzó una mirada de asombro hacia el enigmático Ryghel, pero el hombre del Siglo XXVI destinado a su cuidado y vigilancia, se ausentaba ya, sin añadir más a sus extrañas palabras…

CAPÍTULO VII

LA LEGIÓN IMPLACABLE



os dos hombres se miraron largamente en silencio. A la fiereza y rabia sorda, impotente, del recién llegado; respondió, el otro cautivo de las Celdas de Rebelados con una sonrisa resignada, apacible, casi sublime de puro rendimiento a lo inevitable.

—De nuevo nos encontramos, ¿eh, señor Fisher? —dijo sencillamente el hombre a quien Alan conociera en el lecho de una clínica… seiscientos años atrás.

—Sí, Draco. Otra vez juntos… en un mundo distinto… —musitó amargamente Alan, dejándose caer sobre un asiento de la celda luminosa pero fría y rectangular donde estaban encerrados, sin visión alguna del exterior ni otro respiro que el de los filtradores invisibles de aire renovado y cálido.

—¿Distinto? —Draco se encogió de hombros, poniéndose a su

vez en pie, irguiendo su formidable estatura y moviéndose de un lado a otro sin nervios ni prisa—. Es posible que sí. Pero en el fondo, «esto» existía ya en su tiempo, señor Fisher. Usted lo sabe tan bien como yo. Mejor aún. Había ya lugares conocidos de todos ustedes, donde los Lygman Zobb en potencia existían. Un sector del mundo luchaba por la libertad de los hombres, la otra por una esclavitud como ésta. Ya ve usted quiénes han vencido, al fin.

—Las victorias no son siempre definitivas, Draco.

—Ésta parece serlo. El Gran Estado es algo más que grande. Es el «único» Estado terrestre de hoy. Y sus habitantes, somos lo que usted puede ver. Simples marionetas en manos de un tirano despiadado, cruel y frío como los hielos polares que se fundieron hace casi cien años, al descubrirse la concentración de energía solar.

Reinó el silencio. Alan, todavía sumido en el aturdimiento de sus emociones nuevas e increíbles, miró al «hombre que había nacido en el Mañana», al visitante de otro Siglo.

—Volviendo un poco atrás. Draco, ¿usted encuentra explicación a todo lo que nos ocurrió antes, en el Pasado, en «mi» época?

—Sí. Mis perseguidores eran despiadados y astutos, ya lo imaginó usted al silenciar lo que yo le pedí en aquel hospital. Siempre le estaré agradecido por ello: Pero no hicimos más que retrasar el fin. Porque ellos estaban ya en la ciudad, lo recorrían todo en busca mía. Y tras una noche de desconcierto, leyeron diarios y periódicos, en busca de un rastro, por leve que fuera. Su nota en el periódico les dio la pista, yo lo sospeché así y procuré huir. Ya ellos habían localizado su nombre y profesión, como autor del suelto, bloquearon su garaje, por lo que puedo deducir, y le sometieron a la acción del gas «azur», que reduce la voluntad a la impotencia o al sometimiento hipnótico.

—Sí, eso logro entenderlo, pero ¿y Jill? ¿Y usted, Draco?

—Yo seguía el mismo procedimiento que ellos en mis investigaciones para dar con usted, la única persona en quien había adivinado un amigo, dentro de una populosa y escéptica Humanidad que desconocía. Llegué a su casa y entré en ella por medio de un alambre engarbado, sirviendo de llave maestra. Esto era elemental. Una vez dentro, llegó Jill, su novia. Pero ya los adversarios habían adivinado algo de lo que podía suceder, y rodearon la casa, esperando que si estaba yo dentro, huyera por la

parte trasera, dándome de manos a boca con usted, que conducía su coche… pero en estado hipnótico, sometido a ellos. Así caímos Jill y yo en poder de los hombres de la Legión de Zobb, enviados para reintegrarme a mi época, y ser condenado por mi delito. Lygman Zobb jamás perdona…

Respiró hondo Alan. Ahora entendía casi todo. Pero faltaba algo, lo fundamental. Elevó los ojos hacia Draco Hyzus, aquel hombre de intensa y magnética personalidad, e interrogó:

—Draco, ¿cómo «pueden los hombres cruzar la barrera del Tiempo»? ¿Y por qué usted tuvo aquel accidente de automóvil, por qué se libró de él con vida? Todo eso me tortura aún.

—Es todo tan sencillo… Lygman Zobb ha logrado hallar el medio de dejar muy atrás la velocidad de la luz, tenida hasta hoy como el único límite de velocidad inalcanzable por el hombre. Más que correr o volar, podemos decir que Zobb ha dado, a través de sus incontables sabios, matemáticos y físicos esclavizados, con él medio de «proyectar la materia viva hacia el Pasado o el Futuro», en un ingenio llamado «Crono-Translator», que viene a ser la «Nave del Tiempo» soñada por filósofos y escritores de todas las épocas. Yo era capitán de la Legión de Lygman. Pero ningún ser humano puede consentir la tiranía llevada a extremos de infamia y maldad tan terribles, aniquilando toda voluntad, todo espíritu e independencia del ser viviente, y me rebelé contra él. Fui acusado de traición al fracasar mi intento de derribar su sistema de gobierno. Myzziar es su segundo y el hombre funesto de este atroz Gobierno. Entonces, en mi fuga, logré penetrar en la cámara secreta del «Crono-Translator». No pude llevarme armas ni ropas, porque sólo la materia viva viaja a través de ese proyector hacia la Dimensión del Tiempo. Posiblemente mis perseguidores hayan trasladado sus armas y una carga de «Azur» en cápsulas especiales digeridas, para admitir el «viaje». Pero yo no pensé en ello, llegué a su época sin armas ni ropas, hube de procurármelas, y busqué un coche, creyendo su manejo simple e impersonal, como nuestros propios vehículos. No fue así, y carecí de habilidad para impedir el choque y el accidente. Pero yo «no podía morir fuera del Tiempo que me corresponde vivir», y así me encontré indemne de heridas que en mi propia época hubieran sido mortales. De igual modo, señor Fisher, «usted no puede morir», pero Zobb le hará aborrecer su vida y

desear la misma suerte, estoy bien seguro de ello. Pero él no nos quiere dar ese placer, usted y yo, Fisher, iremos juntos al peor de los castigos existentes en este fantasma del mundo que resta hoy en día: los Centros de Energía Solar de Cygnus, situados en lo que fue Zona Polar Antártica… ¡“Esclavos hasta el fin de nuestros días, que acaso en usted signifique una eternidad, Fisher…”!

* * *

La astronave se elevó majestuosamente sobre la ciudad blanca, dejando pronto atrás los perfiles esbeltos y brillantes de Nueva Hyades, para volver sobre vastas extensiones de terrenos llanos, salpicados acá y allá de grandes masas de vegetación artificialmente cultivada o de ciudades tan luminosas y deslumbradoras como Nueva Hyades.

Pronto anocheció sobre las cabezas de los prisioneros enviados al Centro Solar dentro de aquella esbelta nave que ascendía sobre las nubes, a alturas en que los astros brillaban, cercanos y deslumbradores, mientras la superficie de la Tierra casi se perdía a sus pies. No era aquélla una nave tan rápida como la que Myzziar utilizara para mostrar a Alan Fisher la visión dantesca de una Europa muerta y desgarrada. Pero su rapidez no le haría emplear más allá de una hora en cubrir una distancia hasta el casquete polar nórdico. A pesar de la noche y de la altura, la temperatura seguía siendo igual a la del día, y la luminosidad de las ciudades dispersas allá abajo, en el Continente americano, igualmente blanca o dorada, por el almacenamiento de la luz solar y su calor natural.

En los ojos fríos y endurecidos de Alan, centellearon un momento las estrellas, al humedecerse. Nueva Hyades acababa de borrarse en la distancia, a popa de la nave que surcaba la noche a alturas siempre superiores a los doscientos kilómetros.

Arte él, con las manos y pies sujetos igualmente por anchas bandas de metal magnético que paralizaban sus movimientos y les producían fuertes corrientes eléctricas al intentar algún acto violento, Draco Hyzus manteníase torvo, silencioso, como una bella estatua de la Derrota y del Valor Vencido.

Un par de mudos y espectrales soldados de ceñidos trajes clorados y cascos blancos, con el emblema del Gran Estado,

manteníanse en permanente guardia entre ellos, sin hablar palabra alguna.

Una hora después, o acaso algunos minutos más tarde, la astronave aterrizó blandamente en el suelo polar. Ya no había en él rastro de hielos o fríos glaciales. De un vasto recinto amurallado, de gran altura, un zumbido constante y ensordecedor, una luminiscencia casi cegadora, de intenso color rojo-cárdeno, brotaban ante el lugar donde la nave aterrizara. Una vastísima, interminable pista recta, de dimensiones colosales, conducía a un portón circular, abierto en aquella muralla.

Draco miró trágicamente al horizonte. La luz cárdena hizo llamear sus pupilas de ámbar cuando se volvió a Alan Fisher y le dijo sencillamente:

—He ahí nuestra tumba eterna, Fisher… El Centro de Energía Solar de donde jamás salió prisionero alguno con vida…

* * *

Era un mundo dantesco, alucinante.

Estos seres, como rojas hormigas, condenadas a un infierno eterno y terrible, se movían bajo la cegadora luz roja, cárdena y llameante que brotaba de gigantescos hornos, enormes depósitos y conductos de materia translúcida u opaca, pero cuya superficie se iluminaba igual al circular por su interior los chorros fabulosos de hidrógeno en ebullición, de fuego solar y de calor concentrado, que discurría hasta precipitarse por unas terribles cataratas de luz y de energía térmica, a los fosos insondables de aquella maravilla de la imaginación y la ciencia humanas, almacenando virtualmente las calorías y la luz del astro del día, para dar vida, calor y fuerza al reducto final del Hombre sobre la Tierra.

Alan Fisher era una más de las centelleantes hormigas rojas que pululaban en hileras, por los interminables corredores y galerías, bajo los arcos llameantes de enormes tubos refractarios, por cuyo interior circulaba el río candente de fuerza solar, invadiendo de luz los abrasadores pabellones y naves del centro polar.

Su traje rojo, de un material flexible y ligero, inmune a las más espantosas temperaturas, le convertía en uno más de los millones de esclavos reducidos a la ciega obediencia en el lugar de castigo de

los enemigos de Lygman Zobb. Draco Hyzus era otro. Igual que Alan, igual que los otros. Entre sí no se conocían. Pasaban días enteros, semanas, llegaron a transcurrir meses, y jamás se vieron el uno al otro, pues incluso las breves horas de descanso o de alimentación, en las enormes cámaras frigoríficas del subsuelo, transcurrían sin que se les despojara de sus ropas rojas, ni tampoco de sus gafas especiales de materia transparente negra, para evitar la ceguera.

Pero Alan Fisher y Draco Hyzus sabían, en el fondo de sí mismos, que dos hombres resueltos a todo por huir de aquel infierno, estaban planeando en la sombra la evasión imposible. Uno, era el que pensaba de ese modo. El otro… no cabían dudas de quién tenía que ser. Porque ellos dos sabían que eran espíritus rebeldes a toda esclavitud. Hombres valerosos, que no temían a la muerte ni a nada. Hombres que iban a luchar por huir…

* * *

Ryghel, guardián constante de Jill Nelson en su dorada jaula del Palacio Real de Nueva Hyades, se volvió sorprendido al abrirse la puerta, e igual hizo la propia Jill.

Cepheo estaba en la entrada. Alan se hubiera sorprendido de ver al hombre mismo a quien hirió de muerte en el garaje de Nueva York, vivo e indemne, con una dura sonrisa en sus labios y un frío inexpresivo en sus pupilas azules, diciendo a Jill:

—Señorita Nelson, va usted a gozar de un gran honor: el propio Lygman Zobb quiere verla personalmente. Le concede una audiencia de cinco minutos. De usted depende que su prometido, Alan Fisher, tenga todavía una oportunidad de regresar con vida del cautiverio…

Jill ya no lloraba. Sus ojos estaban secos de tanto derramar lágrimas por Alan y la suerte que habría corrido en el Centro Solar. Ahora, no alimentaba ya esperanza alguna, y ni siquiera el resquicio que dejaba entrever Cepheo con su indicación, bastaba a animar la llama apagada.

Pero se irguió, cambió una mirada con su silencioso y apacible guardián, Ryghel, y asintió por último, saliendo en pos de Cepheo, quien la condujo a presencia de un hombre con quien sólo había

hablado Jill una vez desde que estuviera en Nueva Hyades: Myzziar, el hombre de Lygman Zobb, el único que trataba directamente con el Supremo Dictador y controlaba sus órdenes directas.

Myzziar la saludó con helada cortesía y le mostró un breve corredor, al otro lado de una puerta electrónicamente cerrada. De este modo, la condujo hasta una entrada de materia «viva», al igual que aquélla con que se encontrara Alan, al llegar al Siglo XXVI, y una acción oculta en un resorte, provocó el desplazamiento de esa materia. Un nuevo corredor, unos escalones, una doble puerta de metal brillante, delgado pero indestructible y al fin… la Cámara Secreta de Lygman Zobb, el hombre poderoso y supremo de la Tierra.

—¡No se mueva de ahí! —ordenó roncamente Myzziar, frenándola en el umbral.

Al fondo, la estancia, en principio a oscuras, y desprovista de mobiliario, se fue iluminando con una claridad verdosa, lívida, mientras una figura borrosa, extraña, como rígida y mecánica, se irguió de detrás de lo que podía ser un atril, púlpito o mesa alta, mostrando la vaga forma de un ser humano, dotado de sorprendente rigidez. Una voz metálica, profunda y resonante, vibró en la estancia cilíndrica, con ecos atronadores:

—¡Escucha, Jill Nelson! Has gozado del privilegio de acudir a mi presencia, y vas a saber cuál es la situación de tu prometido, Alan Fisher, desde hace tres meses. Como esclavo, trabaja día y noche en nuestro Centro Solar, bajo el mando de mi Legión, y allí terminará sus días o vivirá una eternidad de esclavitud. De ti depende que pueda aún regresar a tu lado. Yo, Lygman Zobb, te ofrezco, esa oportunidad. Él puede ser el instrumento que yo preciso para mis planes futuros más ambiciosos. Puede ser mi hombre leal, mi segundo, junto a Myzziar, y engrandecer el Gran Estado con su inteligencia. Y también ser un hombre libre, rico y poderoso junto al Supremo Dictador. A cambio de todo eso, tú serás el rehén. Puedes convertirte en la Gran Dictadora de mi Estado. Tu belleza es superior a la de la mujer de hoy, Jill Nelson, que ha perdido femineidad y hermosura en el paso de las generaciones. De modo que si aceptas casarte con Lygman Zobb, el Grande y Único Dictador de la Tierra del Siglo XXVI… «Entonces, Alan Fisher será libre».

A Jill le sacudió un estremecimiento de horror. Miró aquella forma fantasmal, tétrica y aterradora que le pedía, simplemente, la boda, el unir sus vidas, aun por encima de toda barrera de Tiempo y Espacio… Pero entonces recordó que aquel maligno poder que era Lygman Zobb, era amo y señor de vidas y almas, que sólo su palabra podía volver a la libertad, a la vida, a su querido Alan. Y, dirigiendo una angustiosa mirada de soslayo al impasible y erguido Myzziar, que clavaba sus ojos fanáticos en la sombra del Dictador, respondió lenta, gravemente, dispuesta al sacrificio supremo:

—Sí, Señor. Acepto. Acepto esa oferta… a cambio de la libertad para Alan Fisher…

Luego, Myzziar llegó justamente a tiempo de tomarla en sus brazos. Jill Nelson se había desvanecido.

CAPÍTULO VIII

DESASTRE

lan había resuelto que aquel día tenía que intentarlo. O todo o nada.

Había observado la inmutable marcha de los acontecimientos diarios en el Centro Solar, la vigilancia rígida e inflexible de la Legión de Guardianes de Zobb sobre los esclavos de color rojo. Y había apreciado la dificultad de arrancarse los electroimanes adheridos a sus tobillos y muñecas para controlar en un gran cuadro central el movimiento de las diversas líneas y grupos de esclavos, lo cual provocaría una alteración en ese sistema de control, cuando alguien intentara desprenderse los electrodos que, a modo de grilletes, iban unidos a ellos en todo instante. La inmediata decisión de la Legión de vigilancia sería matar a los rebeldes, aniquilarles con sus armas.

Pero Alan había llegado a una conclusión evidente: como Draco

en el Pasado, él «no podía morir en el Futuro», porque en realidad «ya había muerto en su época» cuando esto estaba sucediendo. La idea, trazada así, era capaz de volver loco a cualquiera, pero Alan estaba ya de vuelta de todas las sorpresas. Y optó por afrentar el peligro inminente, a cambio del constante y lento de su encadenamiento a una esclavitud abyecta.

El momento preciso fue cuando cruzaba frente a las enormes tuberías transparentes por donde descendía la llama viva y constante de la fuerza solar concentrada y recogida. Tras él iba uno de los guardianes armados, igual que les sucedía al resto de los prisioneros. Alan se revolvió súbitamente, soltando un golpe terrible con su instrumento de trabajo, un pesado y largo objeto electrónico, de metal plateado y recia contextura, que se abatió contra la sien derecha del guardián, encima de su traje protector.

El guardián, inmediatamente, trató de sacar su pistola de «Azur», para disparar los gases letales sobre Alan. Pero el joven ya preveía que su primer golpe, dada la resistencia increíble del traje rojo, no daría resultado completo, y después del objeto, fue él mismo quien se lanzó contra el centinela armado, haciendo caso omiso de los restantes guardianes que, en número abundante se precipitaban ahora desde diversas galerías hacia el lugar de la inesperada rebelión.

Fisher había observado que los centinelas eran hombres de torpe acción en su propia época, y él poseía mayor resistencia y energías. Ahora, la lucha entablada con desventaja en el Siglo XX, era favorable a él en la propia era de aquellos feroces tiranos.

Fisher le arrebató el arma, y procedió a hundir sus dedos enguantados en la tela roja del traje aislante del centinela, por su resquicio de cierre. Tiró con fuerza de él hacia abajo, el desdichado profirió un alarido de intenso terror al comprender la idea de Alan, y en el acto, el calor espantoso de aquel lugar penetró dentro del abierto traje protector, brotando una llamarada al arder el cuerpo humano, al contacto de la candente temperatura.

Alan, con la pistola de «Azur» en la mano, reculó ante la súbita llamarada, que pronto no fue otra cosa que un montón de horribles pavesas. Los centinelas corrían como flechas hacia él. Eran más de quince, más de veinte. Y pronto serán centenares, millares si era preciso. Fisher disparó la pistola sobre el primero de ellos, que se

detuvo en seco, envuelto por el sutil gas azul. Sin embargo, Alan sabía que el efecto letal no sería fuerte, ya que el propio traje aislante lo impediría.

Sus ojos fueron desesperadamente, acorralado como estaba, a las tuberías de energía solar. Se arrancó los electrodos furiosamente, aunque en la distancia comenzaron a sonar estridentes silbidos y sirenas de aviso. ¡La rebelión era ya conocida! Si aún había algo de espíritu de rebeldía y libertad en aquellos autómatas humanos… había llegado su momento. Draco Hyzus, el eterno rebelde, el espíritu mismo de la rebelión contra Zobb, tenía que estar en alguna parte de aquel maldito lugar…

¡Y lo estaba, no cabía duda! Porque de repente, los centinelas parecieron quedar rígidos, indecisos, al sonar nuevas sirenas y timbres de alarma en otros pabellones y naves.

¡«La rebelión se extendía»! Claro que posiblemente la sofocaran pronto… pero lo importante es que estaba en marcha. Alan Fisher, dotado de unas energías nuevas, incontrolables y arrolladoras, se lanzó adelante, olvidando su idea de destrozar los conductos de fuerza solar, provocando la hecatombe más terrible de la historia humana.

En vez de eso, corrió por el suelo lustroso de la galería, mientras el núcleo de guardianes cesaban de ocuparse de él, al surgir nuevos esclavos, rotas sus bandas electrónicas, armados de diversos objetos de trabajo o armas arrancadas a otros guardianes, y sin importarles, al parecer, el destrozo que los armados soldados de la implacable legión de Zobb estaba causando entre ellos.

Fisher se lanzó por una galería solitaria, a cuyo final se veían combatir a los esclavos contra los guardianes. Un rumor de colmena en súbito despertar, llegaba por doquier a sus oídos.

Fisher, con una sonrisa feroz bajo su máscara roja y negra, alcanzó el grupo en lucha. Eran los ascensores y accesos a la torre de control, donde los jefes y dirigentes del Centro de Energía Solar manejaban los cuadros de mando, y tenían la clave de la dirección del terrible lugar.

Alan había imaginado el objetivo de la rebelión de los demás. Sin duda, ya Draco había dado órdenes. Acaso el audaz luchador que huyera una vez al pasado, habíase simplemente adelantado en sus planes al presentir que el conato de débil rebelión individual

tenía que proceder de Alan. Y ahora, que Dios les ayudara a todos…

Fisher vio venir a dos guardianes, uno de ellos armado de un terrible instrumento de destrucción: un largo tubo negro, rematado en una semiesfera agujereada. Alan sabía ya el arma que era, por haberla visto en diversas ocasiones durante tres largos meses: un chorro de energía termonuclear, capaz de perforar los trajes aislantes como si fueran papel.

El joven periodista neoyorquino, igual que un nuevo yanqui en la Corte de un Rey Arturo despótico, cruel y futurista, se lanzó a un lado, eludiendo con agilidad el terrible disparo, que silbó, llameante, cerca de él, yendo a alcanzar un muro, cuyo conglomerado vidrioso empezó a derretirse al impacto de la energía desintegradora.

Alan cayó sobre el que disparara, arrebatándole el arma mientras le aplastaba con su peso. El adversario trató de disparar sobre él un arma similar de cañón corto, el joven brincó, apuntándole con su propia arma nuclear, y el chorro destructivo alcanzó al adversario, mientras el de éste daba alcancé a su vez al compañero tendido en tierra. En medio de dos terribles llamaradas, ambos se desintegraron inmediatamente.

Fisher, armado ya con un objeto de carga muy amplia y terrible, avanzó, rociando con chorros de energía llameante la salida del corredor, bañando en el bombardeo termonuclear a los guardianes que acudían en tropel para contenerle. Barridos materialmente, y dispersos sus átomos en la nada, Fisher encontró libre camino hasta donde hervía una multitud de prisioneros ataviados con sus rojos uniformes. De entre ellos, una alta y poderosa figura se destacó, alzando una mano hacia Fisher, que creyó reconocer al hombre que dentro de aquella funda se ocultaba: ¡«Draco Hyzus, el nuevo Caudillo de la liberación y la rehabilitación humana»!

Alan, uniéndose a él, señaló el camino de la torre central. Era el último reducto del Centro Solar, el final de la rebelión, mientras los demás miles y miles de esclavos luchaban por naves, galerías y corredores, en incontenible y furiosa represión contra sus tiranos de tantos años…

* * *

Jill estaba preparada para la boda con Lygman Zobb. Le habían entregado un traje fabulosamente bello, de colores plata y oro, en unos tejidos increíblemente suaves y transparentes. En torno suyo, Cepheo y Ryghel ultimaban los preparativos, antes de que Myzziar acudiera para llevarla a presencia del Supremo Dictador, en la ceremonia que el hombre más poderoso del mundo iba a efectuar en su santuario de soledad y aislamiento, uniéndose a una mujer de otro tiempo.

La joven se apartó de los grandes miradores de vidrio, desde los cuales, las rectas avenidas de Nueva Hyades, bordeadas de vegetación, flores y cultivos artificiales, obra del calor controlado, eran como líneas blancas, impolutas, de materia brillante, por las que personas de ambos sexos y todas las edades, con sus curiosos y ligeros vestidos de colores centelleantes, caminaban lenta, cansadamente. Sí, todo lo que les rodeaba era hermoso, todo respiraba grandiosidad y perfección, una blancura y una luz portentosas… pero allí no había alma. Los seres, como dolientes cautivos arrastrándose por un suelo ideal, vivían su existencia miserable, sin ilusiones, sometidos a la tiranía de un ser ególatra, de una raza de dominadores y tiranos.

A eso había llegado la Humanidad, después de seis siglos más de guerras, odios y rencores. Y dentro de poco, ella misma, Alan Fisher y tantos y tantos otros, serían iguales a los demás terrestres supervivientes: cuerpos arrastrándose sin fe ni ilusión, sin amor ni esperanza, sin nada entrañable dentro de sí, porque el feroz yugo de Lygman Zobb y sus esbirros les habría encadenado para siempre a un mundo alucinante y torvo.

—Ellos también desean libertad, es cierto —dijo de repente una voz a sus espaldas.

Se volvió, asombrada, mirando a Ryghel que, muy severo y sigiloso, se había acercado a ella. Cepheo no estaba a la vista. Sólo su guardián.

Y éste hacía algo extraño, sorprendente en él. Había extraído de su pecho un arma plana, similar a un cuchillo sin filo ni punta, una hoja de metal acerado, con un mango negro, mate y oval. Se lo introdujo rápidamente entre las ropas.

—Tome —dijo con rapidez—. Es la única arma que los ojos electrónicos de Zobb no pueden detectar. Lo he experimentado ya.

Carece de radioactividad, como otros metales de las armas, y la he fabricado yo mismo al efecto.

—Pero… —musitó Jill—. Usted… usted… ¿qué pretende?

—Ayudarla. Cuando esté junto a Zobb, el hombre a quien ninguno de nosotros vio jamás, salvo de lejos, utilice ese arma. Basta herirle con ella en los ojos para que termine definitivamente. Le matará sin remisión. Obre serenamente, no le deje sospechar… o todos pagaremos con la esclavitud eterna nuestro error…

—¡Ryghel! ¿Usted…? ¡Pero si fue quien nos secuestró en nuestra época…!

—No tuve otro remedio, señorita Nelson —habló él, rápido, mirando recelosamente en torno—. Eran órdenes del Dictador, y nos controlaba él mismo. Además, mis compañeros eran leales a él en cuerpo y alma. El «Crono-Translator» sólo actuaba ya bajo el mando directo de Zobb, tras la fuga inesperada del capitán Hyzus.

Yo era el otro hombre en la revuelta planeada por Hyzus, que fue un fracaso. Draco huyó, pero yo no fui descubierto. Ahora es nuestro momento tal vez. Nadie, como usted, podrá acercarse al Dictador.

—¿Y Alan? —El tono de Jill era indeciso, angustiado.

—Nada ha de temer por él. Muerto Zobb, yo dirigiré la rebelión total, y Draco y él saldrán con vida de allí, para que Draco sea nuestro jefe y ustedes puedan elegir su propio destino. ¿Qué resuelve, Jill?

—Lo haré —dijo ella con energía—. Lygman Zobb morirá, Ryghel, no tema nada…

* * *

Alan Fisher terminó de vaciar su rifle nuclear sobre los dirigentes del Centro Solar. Ni un solo cuerpo quedó visible, tras la cortina de energía desintegradora proyectada contra ellos.

La cámara era un auténtico frigorífico a bajísima temperatura, que de ese modo neutralizaba el calor pavoroso del resto de la fortaleza, nivelando el clima hasta ser respirable sin necesidad de ropas protectoras. Fisher se alzó la capucha roja y miró en torno, mientras Draco Hyzus, sonriente y con cruel expresión decidida, hacía otro tanto. Miraron el gigantesco cuadro de controles,

dividido en secciones, pabellones y alas diversas, marcando con rojas luces intermitentes los focos de rebelión, que casi cubrían por completo dichos cuadros.

Debajo de éstos, otro amplio cuadro de blancos botones, iban rotulado con los nombres de diversas ciudades, Draco se acercó triunfalmente a ellos.

—Son los interruptores del suministro a distancia de energía solar. Todas las ciudades del Gran Estado aparecen aquí, Fisher —dijo rápidamente—. Vea: ahí está la capital, Nueva Hyades. Basta que accionemos todos estos controles, para que en el acto la energía y luz del sol cesen de ser transmitidas a la red de ciudades y pueblos. Con ello, el frío y la oscuridad invadirán el Gran Estado. Y el frío y la oscuridad, sólo indicarán una cosa a todos los ciudadanos inteligentes: que el Centro Solar ha desaparecido como tal, bajo el control de Zobb. Eso marcará la rebelión en cada sitio.

—Y Zobb nos vendrá a bombardear con mil escuadrillas potentísimas —concluyó secamente Alan—. Es la inmediata de cualquier dirigente que ve ese peligro.

Rió Draco huecamente al replicar:

—Eso es lo mejor de todo. Desprovisto de la energía solar, todo se paralizará en Nueva Hyades, y ninguna nave podrá llegar hasta aquí para atacarnos, antes de varias horas. Para entonces, Alan, nosotros habremos utilizado las flotillas especiales de esta base, puesto que «aquí» no dejará de existir la preciosa fuente de energía… y seremos «nosotros» quienes ataquemos Nueva Hyades y otros puntos clave de la nación, hasta derribar a Zobb. ¡Esto es el principio del fin para el tirano, Fisher!

—Sí, pero… Jill está en Nueva Hyades, puede morir… —objeto Alan con tono, grave.

—Y si no obrarnos rápidamente, morirá igual o con mayor lentitud, Fisher. —Draco hablaba con autoridad y energía. Le sonrió amargamente—. Acaso se salve, después de todo. Hay que correr el riesgo. Un hombre leal a mí está a su lado en todo instante, un hombre del que nadie duda en el Palacio de Zobb: ¡Ryghel! Lo siento, Fisher, pero no queda otro remedio. Éste es el único camino…

Y al tiempo que hablaba, su mano enguantada se aferró al botón de Nueva Hyades, dándole una vuelta completa a la izquierda.

Después, rápida y sistemáticamente, fue repitiendo la maniobra con los demás, uno por uno, hasta quedar uno solo abierto: el de la propia Central de Energía Solar donde se encontraban en aquellos momentos.

Alan Fisher, pálido, presenció todo esto en medio de un trágico silencio. No se opuso. Y al final, Draco, también pálido y alterado se dirigió a él imperativamente:

—Vamos, Fisher… Tomemos ahora una aeronave rumbo a Nueva Hyades. Creo que haremos falta allí… Otros hombres nos seguirán en las restantes naves. Es el asalto final…

Alan asintió también a esto, y siguió al líder de aquella revolución sin precedentes.

Poco después, una nave volaba rumbo, a Nueva Hyades, roncando su motor en la noche azul y fría. El calor solar se evaporaba rápidamente, un frío contenido artificialmente durante lustros enteros, caía ahora, sobre la Tierra, como la peor de las plagas.

Alan Fisher y Draco Hyzus, erguidos y silenciosos en el confortable interior de la cabina, mantenían fijas sus miradas ante sí, en el semicircular visor de la nave estratosférica, pugnando por ver lo antes posible el perfil blanco de la capital, destacándose allá abajo, en la superficie de la tierra, bajo el palio de blancas nubes.

* * *

Myzziar repitió su viaje extraño de días anteriores, llevando a la novia trágica hacia la cámara privada de Lygman Zobb. Idéntico recorrido, pero un destino muy diferente. La muerte para Zobb, anidaba en el cerebro de Jill. Y si algo le ocurría por ello a Alan, la muerte sería luego para ella. ¿Sería razonable acatar las instrucciones de Ryghel? ¿Qué sabía ella de la perfidia o astucia de los habitantes de aquel mundo que apenas si podía identificar como su querido planeta?

—Entra, Jill —ordenó Myzziar, que vestía ropas solemnes y brillantes, como si la fecha fuese también importante para él, como lugarteniente directo del Dictador, cuyo rostro acaso vería ahora Jill por vez primera. ¿Sería un ser monstruoso? ¿O poseía la helada hermosura de un Ángel del Mal?—. El Supremo Dictador te aguarda

para concederte el gran honor de desposarse contigo. Eres la mujer más afortunada del mundo, Jill Nelson…

Ella sonrió amargamente. ¡La más afortunada! Miró ante sí con fría resignación. Vio la luz verde, espectral, surgiendo en el fondo de la gran sala cilíndrica y tenebrosa. La sombra anormal del Dictador surgió a la vez, recortada sobre ese fondo verdoso, luminiscente. Myzziar cerró la gran puerta, dejando a Jill a solas con el hombre omnipotente del Gran Estado. Ella, lenta, segura, implacable, siguió moviéndose, con la vista fija en aquel ser de pesadilla. Mantenía una mano crispada sobre el pecho… sobre el arma oblonga de Ryghel, esperando la aproximación necesaria para herir en los ojos.

—¡Acércate a mí, Jill Nelson! —habló la voz potente y metálica.

La sombra creció ante ella, se movió, hasta erguirse en el púlpito extraño, y la joven se detuvo ante esa sombra, alzó los ojos, a la vez que la figura se inclinaba hacia ella y extendía una mano enguantada, rígida y sin vida aparente, que apretó la helada mano izquierda de la joven. Pugnó por ver el rostro, sobre la ropa de plata, cerrada en torno al cuello. Vio una terrible faz blanca, inexpresiva, con dos ojos centelleantes, rojos, que parecían tener luz propia, fijos obsesivamente en ella. Jill exhaló, aun a su pesar, un ronco murmullo de intenso horror, de pánico ante aquel ser de pesadilla que rozaba su mano.

—No temas, mujer —fueron las nuevas palabras de Lygman Zobb, frías y aceradas—. No voy a causarte daño… Tú eres el primer ser que en Nueva Hyades que ha penetrado aquí… y ha visto mi rostro. Cuando seas mi esposa, ya no saldrás de esta cámara jamás, para que nadie pueda saber la verdad de mi forma y mi aspecto, ni nadie más que yo, tu dueño y señor, pueda admirar tu belleza…

Entonces, al inclinarse más el rostro blanco y sin vida hacia ella, con aquellos demoníacos ojos de vidrio rojo y ardiente, Jill desenfundó rápidamente el arma oculta en su pecho. Captó por un momento un relampagueo en los ojos de Zobb, y su luz sufrió una alteración, pareció tornarse azulada. La mano tembló entre la suya, pero no pareció humana, porque aun cuando Jill alzó el arma y la dejó caer, el Dictador no se apartó a tiempo. Ni siquiera cerró sus párpados sobre aquellas terribles pupilas.

Sucedió algo increíble.

El arma, al herir primero un ojo y otro después, provocó un sonido inhumano, ronco y prolongado, como la rotura de algo metálico, brotó una llamarada azul de aquel ser rígido e impasible… ¡Y el poderoso, el altivo Dictador, se dobló, se fue arrugando, mientras de sus ojos brotaban chispas y humo acre, y su cuerpo se disolvía rápidamente!

Jill con alaridos estridentes de terror, retrocedió, manteniendo aún el arma en vilo, incrédula, sin comprender nada de aquel espectáculo asombroso. Al mismo tiempo, a sus espaldas, se abrió la puerta amplia que comunicaba con el exterior, y un hombre enloquecido penetró en la sala.

Era Myzziar, con ojos extraviados, babeantes sus labios, terriblemente lívida la faz, que miraba a Jill Nelson y su obra con verdadero frenesí. Su voz ronca, elevóse en un diapasón agudo, estridente, que recordó la metálica inflexión de la voz del Dictador Zobb:

—¡Lo ha destruido! ¡Ha destruido mi obra, mi gran obra, el robot más perfecto de todos los tiempos, el ser a quien todos creían el propio Zobb en persona!…

—Un… ¡un robot! —chilló Jill, estremecida, comprendiendo ahora la reacción del supuesto Zobb, su desastre increíble y violento. Luego, miró petrificada a Myzziar, comprendiendo la siniestra, la oculta verdad que nadie en la tierra había adivinado. Él la gritó violento, desorbitado, fuera de sí y ya perdida toda serenidad y sangre fría:

—Sí, ya conoce usted la verdad, ¡lo que nadie sabe! ¡Yo soy el verdadero Dictador! ¡Lygman Zobb soy yo, no ese maravilloso producto de mi ingenio que usted ha destruido! ¡Y sólo por eso, será conducida para siempre al Centro Solar de Cygnus!

—Entonces… ¡es a ti a quien hay que matar como a una alimaña dañina!

El grito había brotado de los labios de Jill, quien, todavía con su arma en alto, se abalanzó sobre Myzziar, el hombre que había conseguido engañar al mundo entero.

—No lo conseguirás —exclamó él, deteniendo el golpe con el brazo y tratando de apoderarse del cuchillo.

Jill retrocedió, hasta que la pared se lo impidió.

En aquel mismo instante, toda la luz cesó. Apagóse toda claridad, las tinieblas completas y heladas se abatieron sobre Nueva Hyades, y del exterior llegó un clamor de angustia, de terror infinitos.

¡El desastre había llegado!

Capítulo IX

EL ÚLTIMO VIAJE EN EL TIEMPO



legamos tarde a la capital, Draco —observó Alan, impaciente, crispados sus nervios, mientras se inclinaba con avidez sobre el amplio visor de la nave que roncaba en la noche estridentemente.

—No lo creo —respondió Draco, pensativo—. El final de las reservas de energía solar acumuladas en los centros distribuidores de la capital, tardarán cosa de una hora en agotarse. Exactamente lo que necesitaremos para llegar allí. Acaso nuestro aterrizaje pueda efectuarse antes de la oscuridad y enfriamiento de la ciudad, o todo lo más, inmediatamente de ocurrido éste. Estoy forzando lo más posible la marcha de este aparato, pero no hay ninguno tan rápido como el de Myzziar, con el que me dijo usted que hizo el viaje a la Tierra Muerta, que fue Europa, en el pasado. Ser el segundo de Zobb tiene sus ventajas, y esa clase de nave ultrarrápida, sólo Zobb

y Myzziar pueden tenerla.

—Si yo hubiera sabido entonces que Myzziar era alguien importante en este gobierno…

—No hubiera logrado nada tampoco. Lo demostró al atacarle. Myzziar desgravitó el interior de la nave por un procedimiento que sólo él conoce. Es astuto y perverso como el propio Lygman Zobb. A veces me pregunto si no serán hermanos o algo así.

—¿Se parecen ellos? —inquirió Alan con sorpresa.

—¿Quién sabe eso? Jamás ha visto nadie a Zobb en persona. Yo vi una vez su sombra, sobre un fondo verde, irreal. Su voz también me sonó a irreal. Pero él es bien real, y sus leyes también. De eso podemos estar todos seguros.

—Ya. ¿Y Myzziar es el único que le ve personalmente y recibe sus órdenes?

—Eso es.

—No deja de ser extraño… —observó Alan, meditando sobre una teoría que empezaba a incubarse en su mente, sin tomar del todo una forma concreta aún.

Volvió el silencio al interior del aparato. Debajo de ellos, de pronto, surgió un haz de luz intensa, blanca y centelleante. Era como una gran mancha de luz desperdigada sobre la tierra oscura.

—¡Nueva Hyades al fin! —musitó Draco, apretando los labios—. Y con energía aún…

El aparato comenzó a perder altura, descendiendo de proa sobre la ciudad. Sus motores cesaron de roncar, produciendo un silbido estridente. Bajaron en vertical casi. Y justamente cuando planeaban sobre los altos edificios blancos y luminiscentes, sobre las calles, bañadas por una singular luz dorada aun en plena noche, de repente todo esto desapareció, borrándose los contornos de la prodigiosa ciudad, absorbidos por las tinieblas, engullidos por la noche misma. La oscuridad total invadió lo que antes era luz y belleza. Al principio, pareció un juego de magia. Luego, Fisher logró ver los perfiles en sombras de edificios, jardines y calles, sin un rastro de luz, salvo la lejana y eterna de los astros nocturnos… como en una ciudad oscurecida del siglo XX.

—¡Ya sucedió! —Draco maniobró hábilmente, sobrevoló varias calles y avenidas amplísimas, rectilíneas y hermosas, hasta afrontar un gran edificio central con enormes miradores vidriosos, ahora

igualmente en sombras. Apareció una amplia azotea con naves paradas y gentes que corrían entre ellas. De la calle, llegó el zumbido de gentes inquietas—. Vamos a tomar tierra en el palacio, Alan… Trate de salvar a Jill, si puede.

Y la nave que les trasladara a Nueva Hyades desde Cygnus en menos de sesenta minutos, tomó tierra suavemente, sin el menor ruido, en medio de un caos de oficiales y soldados de Lygman Zobb y de aeronaves incapaces de despegar por falta de energía vital.

* * *

Jill se precipitó a todo correr camino de la salida, cuando se vio venir la oscuridad total. Sintió un escalofrío, a medida que la atmósfera variaba de temperatura, bajando muchos grados en su clima ideal. Myzziar la contuvo con una mano férrea que alargó hacia ella. Otra mano torció la muñeca de la mano armada de la joven, haciéndole soltar el oblongo puñal sin filo. Al tocar el suelo, produjo chispas.

En aquel momento, Cepheo apareció en la entrada, iluminándose con un rudimentario proyector electrónico, único medio de producir claridad en aquella negrura total. Myzziar gritó:

—¡Han debido sublevarse en la Central Solar, o han saboteado los centros distribuidores de la ciudad, Cepheo!

—No, señor —respondió Cepheo—. Nada ocurrió en Nueva Hyades. Me he enterado hace unos minutos de que se agotaban las reservas de energía por falta de suministro central, y he acudido lo antes posible a informarle, pero ya es tarde. Han agotado toda reserva…

—¡Estúpido, todo esto obedece a una rebelión! —chilló Myzziar—. ¡Zobb ordena que voléis con las naves de turborreactores, hacia Cygnus, y ataquéis a los rebeldes, restableciendo el suministro de energía solar a toda la nación! ¡Pronto, Cepheo, obedece! ¡Yo parto también hacia el Norte, en mi propia nave, con esta rebelde que ha querido matar al Supremo Dictador de la Tierra!

—¡Y lo ha logrado, Myzziar! —gritó triunfalmente una nueva voz, a espaldas de Cepheo. Éste se volvió. Era Ryghel, y empuñaba un arma termonuclear. La luz de Cepheo le iluminó el endurecido semblante, la triunfal expresión—. ¡Sospeché que era un robot, y di

a Jill el medio de destruirlo, por medio de un arma magnética que no podías sospechar! ¡Zobb ha muerto, nadie va a obedecerlo ya!

—¡Mientes! ¡Yo soy Zobb! ¡Mátalo, Cepheo! ¡Te lo ordeno! ¡Nadie debe saber eso en Nueva Hyades! ¡Mátalo! ¡Ryghel es otro traidor, como Draco! ¡Acaba con él…!

—Cepheo vaciló un segundo, antes de alzar su propia arma nuclear hacia Ryghel. Pero éste, más rápido, barrió con la energía desintegrante al esbirro de Zobb. Luego, volvió el arma hacia Myzziar, que retrocedía ya, sujetando ante sí, a modo de escudo, a Jill. Ryghel vaciló. No podía destruir también a la muchacha, disolverla en átomos desintegrados… Myzziar, aprovechando esa circunstancia, huía ya de la cámara del Dictador, protegiéndose con Jill siempre, hacia una salida posterior, tras el púlpito del robot inerte en tierra, que conducía directamente a la plataforma de despegue de su nave roja, la más veloz del Gran Estado.

Antes de esto, se detuvo ante una cámara extraña, de materia vidriosa y forma cilíndrica, dentro de la cual todavía brillaba una leve claridad azulada. Rió, mostrándosela a la aterrorizada Jill…

—¡Ahí tienes tu único medio de volver a tu época! ¡La Cámara de Proyección en el Tiempo! ¡Pero también su propia energía se agota, y cuando eso ocurra, ya no podrá volver a funcionar aunque vuelva la fuerza solar! ¡Es un delicado mecanismo, más delicado aún que la vida del ser humano! ¡Una vez muerto… él «Crono-Translator» no funcionará jamás! ¡Mi invento más grande desaparece… pero yo volveré a crearlo… cuando ni tú ni Alan Fisher podáis regresar nunca a vuestro lugar en el Tiempo!

Reía, como un ser que ha perdido la razón, y posiblemente fuera así. Los angustiados ojos de Jill, veían perderse ante, sí la anhelada cámara de regreso al Siglo XX… con su agonizante luz azul, que marcaba el fin de toda esperanza.

Movió una puerta Myzziar, mientras Ryghel se mantenía inmóvil al fondo de la sala, comprendiendo su fracaso por la añagaza de Myzziar, y tras ellos penetró una oleada de frío y el débil fulgor de las estrellas. Salieron a la plataforma de vuelo privada. Allí estaba el proyectil rojo de Myzziar. La nave secreta de Lygman Zobb, en realidad. La única que podía alcanzar velocidades superlumínicas, la única que podía llevar a sus ocupantes muy lejos del Mundo y sus habitantes, si Myzziar quería…

Abajo, las calles de Nueva Hyades hervían con gritos de: «¡Muera Zobb! ¡Energía para nuestras casas! ¡Devolved la vida a la ciudad! ¡Ha estallado la rebelión! ¡Draco Hyzus está en la ciudad! ¡Muerte al tirano! ¡Libertad para los hombres!…».

El rostro de Myzziar era una fría máscara de odio y ferocidad. Abrió la portezuela de la roja nave y empujó a Jill dentro. La muchacha iba a caer sobre el suelo esponjoso y espeso de la nave dictatorial… pero, inesperadamente, unos fuertes brazos salieron de la oscuridad, atrayéndola hacia sí. Una voz pronunció su nombre dulcemente:

—Jill… mi vida… ¡Por fin!

—¡Alan! —gritó ella, en una explosión rabiosa de felicidad y esperanza.

Myzziar retrocedió vivamente, aterrorizado, saltones los ojos. De la sombra de su propia nave, brotó la figura erguida y poderosa de Draco Hyzus, empuñando su arma nuclear. Los ojos de ámbar, fríos y duros, miraron al reptil con furia.

Y Jill gritó:

—¡Draco! ¡Myzziar es Lygman Zobb! ¡El Dictador era sólo un muñeco, un robot manejado por él, que hablaba y accionaba electrónicamente! ¡Myzziar fue siempre el tirano!…

El asombro se pintó en los ojos de Draco, mientras Alan musitaba:

—Me lo imaginé… cuando Draco dijo que nadie vio jamás al Dictador en persona…

Myzziar lanzó, un ronco sonido inarticulado, y viendo a sus espaldas a Ryghel, implacable como el propio Draco, levantó su arma contra el enemigo mortal, contra Draco Hyzus. Éste, impasible todavía, movió un dedo sobre el arma. Ésta vomitó un chorro llameante sobre Myzziar.

El alarido de agonía de éste, se fundió y perdió en el aire como su propio cuerpo, como su mismo ser odioso y cruel, disperso en átomos desintegrados para siempre, que jamás ingenio alguno podría volver a unir, salvo en el día del Juicio Final, que acaso no estuviera ya muy lejos…

Después, reinó un silencio sólo quebrado por el murmullo del exterior, creciente hasta convertirse en una marea, en un verdadero volcán en erupción. Alan dijo, mirando serenamente a Draco:

—Creo que es el momento de hacerse ver y decir la verdad al pueblo, amigo mío. Esto es, por fin, el triunfo de la justicia y de los derechos humanos…

Él asintió con gravedad también. Lento y majestuoso, llegó hasta el borde de la terraza. Ryghel le iluminó con el proyector magnético de Cepheo. La multitud clamó, enfervorizada, al ver la silueta de su líder ansiado. Draco logró el silencio en unos segundos. Entonces, se alzó su voz sonora, musical, potente:

—¡Amigos! ¡La tiranía ha muerto con Lygman Zobb! ¡El tirano ha encontrado la muerte, y el Gran Estado es ya un país libre y digno, que sobre tanta perfección técnica, elevará también la del Espíritu sobre todas! ¡Una nueva Era se inicia! ¡Acaso el principio de un nuevo Mundo, de una Humanidad nueva y mejor, sobre las ruinas del pasado cruel y sangriento de los últimos siglos! ¡Olvidaremos rencores y odios, seremos mejores que nunca!

El clamor era atronador ahora, ahogando incluso las demás palabras de Draco Hyzus. Alan Fisher sonrió, mirando a los ojos a Jill, prendida entre sus brazos, y musitó:

—Bueno, aquí creo que termina nuestra aventura, Jill. Hemos desempeñado un papel que la Historia no mencionará jamás, porque si lo mencionara, nadie la tomaría en serio. Nosotros no podemos haber influido en esto para nada, porque pertenecemos a otra época…

Esto pareció recordar algo a Ryghel, quien dejó de escuchar, fascinado, a su aliado Draco, y se volvió a ellos, con rictus angustiosos:

—¡Pronto, a la Cámara de Proyección en el Tiempo! —clamó—. ¡Está agotándose, y cuando eso ocurra, no volverá a poderse reavivar su energía! ¡Myzziar era su creador y ha muerto!

¡Y es la única cámara que existe, porque la que utilizó Draco para huir, fue destruida por el propio Myzziar tras la fuga suya! ¡Si no entran ahora y les enviamos de regreso a su época… jamás volverán al siglo que les corresponde!

No volver jamás. Alan y Jill se miraron con angustia. Ser unos fugitivos de su Tiempo, vivir en una Dimensión que no era la suya propia… Como parásitos en el Espacio…

Alan corrió junto a Draco y le contó con rápidas palabras lo que sucedía. Él asintió, gravemente.

—Sí, Alan, vamos a toda prisa. Yo sé cómo funciona. Tenéis que volver a vuestro lugar. Después, destruiremos esa cámara, aunque pudiera seguir existiendo. No traería ningún bien a la Humanidad poder conocer el Futuro o visitar el Pasado…

—Yo… casi lamento dejarte, Draco —habló Alan, emocionado —, porque será… para siempre.

—Sí, no volveremos a vernos —el leal triunfador miró a su amigo de «otro Tiempo» con afecto y emoción—. Es una separación… eterna. Porque la eternidad nos separa ya. A cada uno le tocó vivir en una época diferente. Pero sé que hubiéramos sido grandes amigos, de poder coincidir en el Tiempo. Pero eso no es cosa nuestra, amigo mío. Adiós. Y adiós a usted, señorita Nelson. No les olvidaré nunca.

—¡Nosotros tampoco, Draco! —habló Jill, tragando saliva—. No sólo ha sido la aventura más fantástica e increíble de los humanos, sino también la más hermosa, porque me ha hecho conocer a uno de los hombres más grandes de la Historia: Draco Hyzus. El mejor que habrá existido.

—No, Jill —sonrió Alan, rectificando—: El mejor que «existirá»… Esto es el Futuro aún.

—¡Deprisa, se agota la energía en el «Crono-Translator»! —gritó Ryghel, desde el recinto cilíndrico de luz azulada.

Corrieron allí Alan, Jill y Draco. Aún se estrecharon las manos una vez. Fuerte y largamente. Se cambiaron una mirada aquellos ojos que jamás volverían a encontrarse, porque seis siglos les separaban en el Espacio-Tiempo.

Después, Draco Hyzus les tendió algo que arrancó de su cuello. Algo que Alan tomó con estupor y entregó a Jill, que lo miró, emocionada, antes de entrar en la Cámara del Tiempo: era una pequeña y plana cruz de color plateado y materia indescifrable…

—No sé si esta materia podrá proyectarse con vosotros en el Tiempo —dijo rápidamente el nuevo líder de la Tierra—. Pero sí es así… os servirá para recordarme y recordar a mi pueblo. Y pensar que, a fin de cuentas, esa cruz es el Símbolo del Bien sobre la Tierra. Ahora, amigos… hasta nunca jamás…

Entraron en la cámara elástica y se cerró la puerta, después del ademán de despedida de Ryghel y de la postrera sonrisa de Draco Hyzus. Cesaron de ver Nueva Hyades y su maravillosa era de

progreso y adelantos. Se borró de sus ojos el siglo XXVI…

Zumbó algo, en el fondo de sus mentes, creció un momento la luz azul, helada, cubriendo su campo visual. Luego, se apagó esa luz totalmente, y comprendieron que no veían nada, que tampoco sentían nada. Empezaron las espirales a surgir en la negrura, mientras sus cuerpos, sus seres se proyectaban a través de seiscientos años… al Pasado del Mundo… al presente de Alan Fisher y de Jill Nelson…

Luego, todo se borró de sus mentes…

CONCLUSIÓN

NUEVA YORK, 1957

Aquél era el mismo cielo estrellado y limpio… La misma oscuridad apacible, pero sin rumores de multitud enfervorizada. El único rumor sensible era el de los automóviles en la distancia, el de los familiares coches de su época, rodando por las avenidas de la ciudad. Una ciudad también familiar. Sin esbeltez, sin belleza, con sólidos rectángulos de cemento erguidos al cielo, cuajados de luces…

La noche era fría, el suelo del Riverside Park estaba ligeramente escarchado…

A lo lejos, brillaba el festón de luces de un árbol de Navidad, y unos altavoces difundían «Noche Silenciosa, Noche Santa»…

Alan se incorporó pesadamente sobre la hierba húmeda y pegajosa. Miróse con estupor el cuerpo, vestido con sus ropas de siempre, tal y como rodara en el garaje, ante la sonrisa superior de Cepheo… Miró a su lado: allí estaba Jill. Jill Nelson, con su suéter, agresivamente adherido por la humedad a sus delicadas y femeninas formas…

Jill se incorporó, ayudada por Alan. Instintivamente, la pregunta vino a sus labios.

—Alan, tú llevas un reloj-calendario de «ésos», ¿verdad?

—Sí… —musitó él, todavía perplejo.

—Casi lo había olvidado ya. ¿Qué hora tienes, qué día, qué año? ¿Funciona aún?…

Alan lo miró con asombro. No, debía de estar parado. Eran las nueve de la noche del día 25 de diciembre de 1957… Esto era

imposible, bien lo sabía él. Miró, aturdido, a la joven. Se llevó el reloj al oído. Su
tic-tac
le sacudió de arriba abajo. Luego, lo tendió a Jill y ella escuchó, palideciendo.

—Pero… no puede ser… —gimió—. ¡No puede ser! Solo…, sólo unas horas, desde…

Se interrumpió.

—Sí, unas horas… —Y como estúpidos, se miraron, sin atinar a decir otra cosa.

Allí cerca, aparcado ante los macizos de arbustos donde aparecían tendidos, en Riverside Avenue, estaba su coche, familiar e igual que siempre. Volvieron a mirarse.

—No puede haber sido… un sueño —musitó Alan.

—No, Alan. Yo soñé igual… —repitió ella, como un eco.

—Draco… Nueva Hyades…

—Myzziar… Lygman Zobb… Ryghel…

—Energía Solar… —Se estremeció Alan Fisher—. ¡No, Jill, no «puede» haber ocurrido en unas horas…!

—Fue un viaje en el Tiempo, Alan. Todo puede ocurrir…

—No, No fue eso. —Alan, positivista, miró a Jill sonriendo—. Nada de eso fue real. Hemos «pensado» que sucedió, sugestionados por una obsesión igual, y algún narcótico de nuestros asaltantes, acaso simples bribones o atracadores, que nos desvanecieron y nos arrojaron aquí, en complicidad con un pillo de siete suelas que se hacía llamar Draco Hyzus, nos han hecho la mala pasada. Hay drogas como la marihuana o el opio, que adormecen y hacen tener sueños extraños, pesadillas y fantasías…

—Una pesadilla, una fantasía… —Jill sacudió su cabeza—. Sí, es posible… Pudo ocurrir así. Otra cosa, sería absurdo pensarla…

En silencio, salieron del arriate de hierba donde recobraran el conocimiento, y pisaron la grava del sendero. De pronto, algo tintineó en tierra, y Jill se detuvo, inclinándose a recoger un objeto que relucía, herido por lejanos resplandores.

—¿Qué es eso? —interrogó intrigado Alan—. ¿Una moneda?

—No, Alan… «No es una moneda…». —Jill, Con el rostro blanco, temblando perceptiblemente, tendió a Fisher lo que sus dedos trémulos recogieran en tierra.

—¡Una cruz! —Fisher retrocedió vivamente, dilatando sus ojos —. Una cruz…

La menuda cruz de metal plateado, centelleó en la mano de Jill. Parecía plata. Plata purísima. Pero Alan y Jill «sabían» que no lo era. Sabían que aquella cruz, símbolo de vida y de pasión, «también» había podido atravesar el Tiempo… recorrerlo, porque era Inmortal, porque Ella misma era la Vida…

Un sudor helado perló la frente y manos del joven periodista. Jill oprimió con fuerza aquella pequeña cruz de un metal desconocido «todavía» en el mundo. El regalo póstumo de un hombre que «nacería» mañana. Un lejano mañana, más allá de seis siglos.

—Vamos. —Alan tomó a Jill por la mano, tiró de ella en dirección al automóvil aparcado cerca—. Creo que necesitamos los dos algo fuerte y reconfortante… y meditar. Meditar mucho, Jill, sobre cosas que nunca entenderemos…

Jill le miró fijamente, asintió con la cabeza, y ambos jóvenes, cogidos de la mano, unidos bajo las estrellas, se movieron hacia el coche, hacia la realidad tangible, hacia el ruido y la confusión de un Presente que no era tan malo como muchos creían.







Escena de UN POCO DE CIELO,
de Bengala Films.



ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL.

Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo

de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.

Notas

[1] La imprenta omitió alguna línea aquí (*nota del corrector*). < <